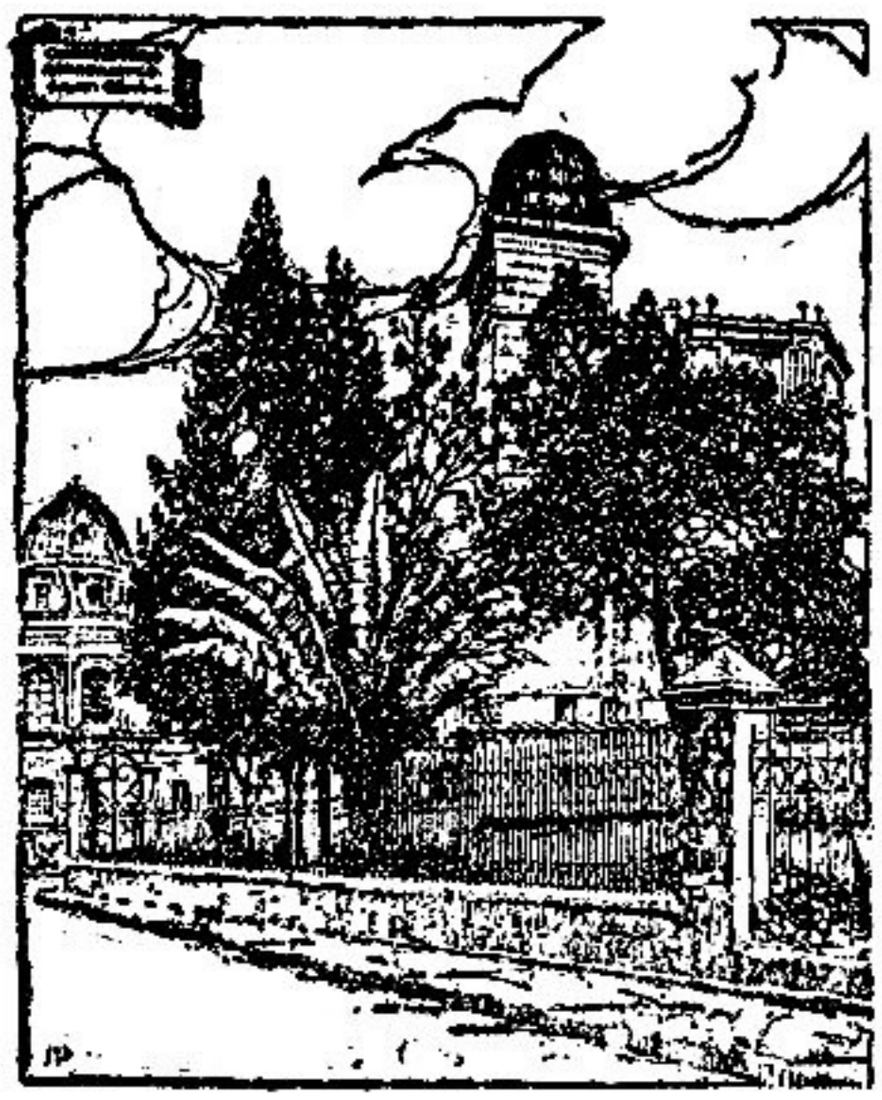
- 12.040 -

BIBLIOTECA ALDEANA DE COLOMBIA

DEL USO EN SUS RELACIONES CON EL LENGUAJE

POR

MIGUEL ANTONIO CARO



BIBLIOTECA UNIVERSITARIA DE SANTIAGO
00278473

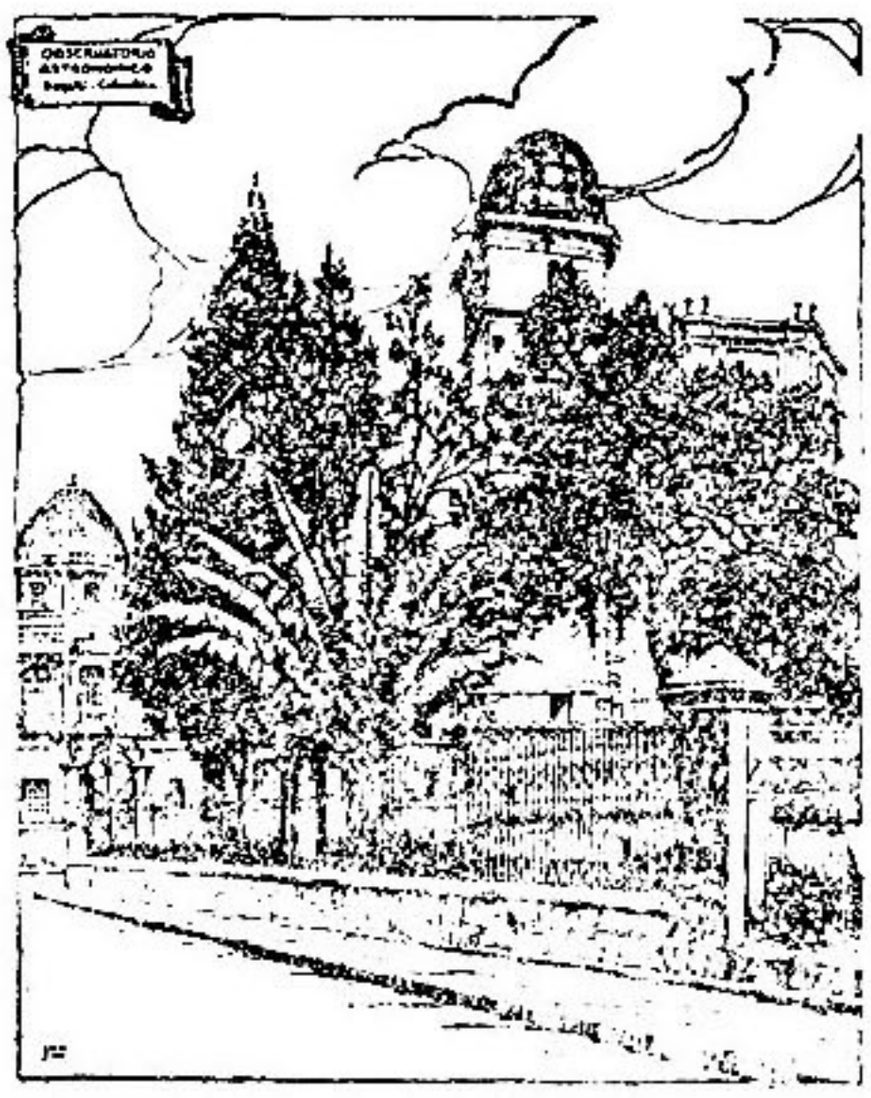
- 12.090 -

BIBLIOTECA ALDEANA DE COLOMBIA

DEL USO EN SUS RELACIONES CON EL LENGUAJE

POR

MIGUEL ANTONIO CARO



SELECCION SAMPER ORTEGA DE

LITERATURA COLOMBIANA

Editorial Minerva S. A.
1935

MIGUEL ANTONIO CARO

A la feliz iniciativa que tuvo Gustavo Santos al fundar el Centro de Estudios debemos los bogotanos una serie ya numerosa de conferencias del mayor interés, entre las cuales descuella la que la docta pluma de Víctor E. Caro consagró a evocar la niñez y juventud de su padre, don Miguel Antonio, nacido el 10 de noviembre de 1843 en la ciudad de Bogotá y en el cristiano hogar que habían formado el romántico poeta don José Eusebio Caro y doña Blasina Tobar.

Cuando don José Eusebio, bajo la presión de las circunstancias políticas del momento, hubo de ausentarse de ese hogar para no volver más, don Miguel Antonio quedó viviendo con su abuelo el doctor Miguel Tobar, eminente jurisconsulto y humanista que supo inculcar en su nieto un profundo amor al estudio y despertar en él viva curiosidad intelectual. «El doctor Tobar, jurisconsulto profundo y humanista verdadero, vivía, en la época a que me refiero, completamente retirado de los negocios públicos y disfrutaba, si no me equivoco, de una pequeña pensión. Tenía setenta años. Había sido Procurador General de la Nación,

Magistrado de la Corte Suprema de Justicia, y muchas veces diputado a los congresos y convenciones constituyentes. Pero jamás había tomado parte activa en la política. «La política, decía, es como el sermón de la Sentencia que se predica en San Agustín en semana santa: con el vaivén y movimiento de la gente, cuando úno menos piensa se encuentra junto al judío de la trompeta».

«Hombre de pensamiento y de estudio, pasaba largas horas en su biblioteca, que para aquel tiempo era espléndida, rica en obras de legislación y derecho, y en ediciones de clásicos latinos. Allí recibía a algunos muchachos que iban a que les repasara la lección de latín; a la gente sencilla del campo con quien gustaba conversar, y a sus viejos amigos como don Joaquín Mosquera, don Lino de Pombo y don Ignacio Gutiérrez. Miguel Antonio, escondido bajo el escritorio de su abuelo oía aquellas sabrosas conversaciones, las grababa en la memoria como infantil cronista y las recordaba y repetía con fidelidad y encanto en su vejez en sus pláticas de sobremesa.

«Tenía el doctor Tobar inmenso afecto a sus nietos, y especialmente al mayorcito, a quien enseñó las primeras nociones de castellano y de latín y las primeras reglas de la versificación, y a quien fue conduciendo como de la mano

por los campos de la historia y de la tradición oral. «A mi abuelo le debo lo poco que sé», dijo don Miguel Antonio en uno de sus grandes discursos en 1903. Es lo cierto que lo que el doctor Tobar no pudo enseñarle, se lo trasmitió por medio de los maestros del niño, con quienes celebraba largas conversaciones, con lo cual no hacía otra cosa, según su expresión, que dar la medicina a las burras para que saliera en la leche» (1).

De las manos de don Miguel Tobar, pasó don Miguel Antonio a las de don Juan Antonio Marroquín, curioso personaje de quien su sobrino don José Manuel nos ha dejado una interesante semblanza; el cual don Juan Antonio dirigía por por aquellos tiempos un colegio en su hacienda de «Yerbabuena», donde Caro permaneció muy poco tiempo porque hubo de continuar su aprendizaje en su propia casa, bajo la experta dirección del profesor Thomas Jones Stevens, doblemente metódico por sus condiciones de hijo de Albión y de alumno de la universidad de Oxford. Algunos años después el señor Caro mantuvo cordialísima amistad con otro inglés, don Samuel Start Bond *Schollar* de la universidad de Cambridge. De modo que en su formación intelec-

---

(1) Víctor E. Caro: «La Juventud de don Miguel Antonio Caro».

tual entran por mucho la afición a los estudios de calidad, que supo infundirle desde la niñez su propio abuelo y la seriedad que para efectuar tales estudios adquieren y transmiten quienes se han formado en las célebres universidades inglesas. Estas circunstancias dan la clave de la gran diferencia de solidez mental que existe entre el señor Caro y casi todos sus contemporáneos.

Aparte de tan buena escuela, el señor Caro la tuvo también, aunque muy deficiente, en las que dirigían doña Sixta Pontón, viuda del General Santander, y don Antonio B. Cuervo. Pasó por el colegio de los reverendos padres jesuítas en el lapso comprendido entre 1858, año en que los padres regresaron al país, y 1861, en que Mosquera los expulsó de nuevo. Su permanencia en este colegio dio ocasión a su amistad con don Rufino José Cuervo, con quien habría de trabajar, andando los años, en la famosa Gramática Latina que todavía se usa en Colombia, a pesar de que es demasiado densa para los cursos bastante superficiales de latín que hoy se siguen en el bachillerato. Obra de Caro es la parte consagrada a la sintaxis, según lo anota su hijo en la conferencia a que nos estamos refiriendo.

Don Miguel Antonio se dio a conocer como escritor en el periódico intitulado «La

Caridad», que dirigía don José Joaquín Ortiz. De allí adelante aparecieron escritos suyos en «La República», «La Fe», «Los Anales de la Universidadad», «El Conservador», «El Comercio», «El Correo Mercantil», «La Nación» y finalmente en «El Tradicionista», aunque sus mejores ensayos hay que buscarlos principalmente en revistas del carácter de el «Repertorio Colombiano».

La carrera política del señor Caro comienza en el año de 1868, en que asistió por vez primera al congreso como representante por Cundinamarca. Los dos hechos culminantes de ella fueron su labor en el Consejo de Delegatarios de 1886, que expidió la constitución que nos rige, y cuyo autor principal fue el propio señor Caro, y su ascenso a la presidencia de la república en 1892.

Es en verdad lamentable que varias de las más altas figuras de la literatura colombiana, como los señores Caro, Marroquín y Suárez, se hubieran visto forzados a intervenir en la política, y, por lo mismo, a ser blanco de odios y pasiones, de tal intensidad, que todavía nos cuesta trabajo reconocerles todo el valor que tienen y tendrán en nuestra historia literaria. Desgraciadamente, en un país como el nuéstro, tan escaso de hombres, ninguno puede concretarse a un determinado género de actividades. Pasma el pensar hasta dónde hubiera podido

extenderse en el campo intelectual el autor de «El Tratado del Participio», el insuperado traductor de Virgilio, el profundo latinista, si hubiera dedicado a sus traducciones y estudios críticos el tiempo que destinó a la política, sacrificando su tranquilidad y la de los suyos.

Donde culmina el talento literario del señor Caro, es en la crítica. «En este punto nadie puede disputarle la primacía en Colombia ni probablemente en toda la América española», ha dicho Gómez Restrepo, quien considera que Caro es el verdadero iniciador de este género literario en Colombia, como que en él se verifica el paso de los simples artículos laudatorios a la vivisección serena e independiente. apoyada en la filosofía y en la historia (Véase el magnífico trabajo intitulado «Caro crítico», en el tomo 8.° de esta misma Selección).

Entre los ensayos mejores del señor Caro figuran «Virgilio en España», «Del uso en sus relaciones con el lenguaje», «Virgilio estudiado en relación con las bellas artes», «José Eusebio Caro», «El Quijote» y «Americanismo en el lenguaje», para no citar sino unos pocos.

También cultivó don Miguel Antonio la poesía. Pero sus versos, si exceptuamos los del género épico, son un poco fríos, aunque de hechura impecable.

El señor Caro murió en Bogotá el 5 de agosto de 1909.

DEL USO EN SUS RELACIONES CON EL LENGUAJE

DISCURSO LEIDO ANTE LA ACADEMIA COLOMBIANA
EN LA JUNTA INAUGURAL DE 6 DE AGOSTO DE 1881

Señores:

Volvemos a honrar hoy, según la costumbre en buena hora establecida, el recuerdo de aquellos hombres de fe y sin miedo que trajeron y establecieron la lengua de Castilla en estas regiones andinas. Volvemos a conmemorar el día glorioso en que en este valle de los Alcázares comenzaron a sonar acentos neo-latinos, de que estas mismas palabras, que por encargo vuestro tengo el honor de dirigiros, son como una continuación y un eco.

En ocasión para nosotros tan grata ¡fuérame dado entretener vuestra atención discurriendo sobre algún ameno y florido asunto de literatura nacional! Pero de mis estudios favoritos, confinantes apenas con la erudición, y en todo ajenos de los alegres esplendores de la elocuencia, ¿qué más habré de ofreceros que inodoro fruto y desabrida cosecha?

Hablaré de la autoridad que se atribuye al uso, y del grado de importancia que le corresponde en la formación y perfeccionamiento del lenguaje.

I

PRELIMINAR FILOSOFICO DE LA CUESTION

Hay, para todo género de investigaciones filosóficas, espíritus que se arrastran por el suelo perezosos e indolentes, a tiempo que otros se engolfan en espacios desconocidos con vuelo sobrado, atrevido y temerario.

Los unos, adhiriéndose a todo lo que es material, tangible y positivo, conciben horror por las averiguaciones arduas o delicadas, contentándose con dar a cualquier problema soluciones fáciles, sin curarse de que sean verdaderas. Confunden lo espiritual con lo corpóreo, equivocan la idea con su signo, la causa con sus efectos. Mas aquellos que por extremo opuesto viven aquejados de imperiosa curiosidad filosófica, remontándose siempre a los principios, pierden de vista a las veces lo terreno y lo finito, y atraídos por los señuelos del idealismo, se pierden en las regiones de la conjetura y de la alucinación. No modere la razón serena el vuelo del pensamiento investigador, y fácil es también renovar la fábula

de Icaro, como aconteció ya a algunos filósofos alemanes, que vieron desechos cual alas de cera sus peregrinos sistemas, y desde nubes luminosas cayeron en el más grosero materialismo. ¡Lamentables caídas! Pero ¡cuánto más miserable la condición de aquellos que perduran apegados al lodo, sin desplegar nunca las alas de la inteligencia!

¿Qué hombre que se estime, no rechazará, con justa repugnancia, las negaciones materialistas? Pero cuando se trate de definir o sistematizar lo que el yerto materialismo anula o mutila, no nos entreguemos, con loco afán, a teorías absolutas y exclusivas, ni nos arrojemos a precisar objetos que presentan a nuestro entendimiento una forma vaga todavía, ni a reducir a fórmulas ideas de cuyo conjunto armonioso sólo se ofrecen a nuestra débil vista fases indecisas e incompletas. Y no por eso, poseídos de desaliento o desesperanza, retrocedamos tampoco al terreno de los efugios improvisados, de las hipótesis rutineras, que en la región serena de un espiritualismo templado, podremos satisfacer las legítimas aspiraciones de la mente, gozando de la verdad en el grado y medida en que este goce inefable se ha concedido a la humana inteligencia, señora sólo del aire respirable, no soberana del espacio infinito.

Los espíritus soñolientos de que hablé primero, suelen identificar lo bueno y lo bello con el signo, muchas veces falaz, de la bondad y la belleza. No es otro este signo que la sensación agradable que las cosas buenas y bellas causan en el ánimo de aquel que las contempla. Para ellos el bien y el placer son una misma cosa; a sus ojos en nada difieren derecho y utilidad; y entre sentimientos diversos, entre opuestos intereses, a *priori* se deciden, deseando salir pronto de la dificultad, por la mayor suma de goces, o por el interés más general. Fallarán, asimismo, que lo bello es lo que agrada, y cuando los gustos son varios, darán un corte fiándose de las primeras impresiones, o arrimándose a lo que granjée más popularidad. Tales teorías materializan el orden moral y el orden estético, y cuando en sus desarrollos tropiezan con el absurdo o con obstáculos imprevistos, apelan, como a único correctivo, a cálculos numéricos. Mas si apartándonos de estos raciocinios mecánicos tratamos de reducir a principios y de explicar con razonable exactitud las nociones de lo bello, de lo bueno y de lo justo. *hoc opus, hic labor est.* Empero, aunque en muchos casos particulares no acertemos a descubrir las razones últimas de nuestro juicio, ni a fijar las misteriosas relaciones en que se funda, guiados de

honrada y generosa voluntad, no nos será difícil resolver con certeza si una cosa es justa o injusta, sin dejarnos seducir por el aparato triunfal de la fuerza, ni por la irrevocabilidad severa de los hechos cumplidos, ni por el apasionado clamoreo de la muchedumbre.

Paréceme, señores, análoga en algún modo y paralela a semejantes doctrinas, superficiales y contentadizas, aquella que en el orden literario erige al uso en regla suprema del bien decir, en única norma del lenguaje. Uso es sinónimo de costumbre y a las veces de moda: la costumbre, como el interés, como el gusto, es varia, y la moda caprichosa; y modas y costumbres cambian y se diversifican con los lugares y con los tiempos. Sin más norte que el del interés o el del gusto, ¿cómo sabremos, dados intereses contradictorios, o entre desavenidos gustos, cuál es interés legítimo y cuál ilegítimo, cuál es gusto puro y cuál depravado? Y sin otra base que el uso, ¿cómo juzgaremos en materia de usos, habiendo varios y no conformes entre sí? Si nos atenemos a la razón del mayor número de individuos que siguen un uso, hallaremos un medio, aunque no seguro, de fijar el mérito comparativo de usos contemporáneos, pero no acertaremos a confrontar unos con otros, para dar la preferencia al que la merezca, los usos que en épocas

sucesivas llevaron, cada cual en la suya, la sanción de la mayoría.

Por este camino llegaríamos a la teoría fatalista, aplicada por Mr. Latham a la crítica del lenguaje: todo lo que se ha usado *fue* bueno, *es* bueno todo lo que se usa; y bueno *será* todo lo que haya de usarse. Sería la historia del lenguaje una mera sucesión de usos igualmente buenos, o mejor dicho, ni buenos ni malos; no cabría en el lenguaje perfeccionamiento alguno, ni tampoco decadencia: no habría principio filosófico por donde pudiese el crítico, siguiendo a la lengua patria en su marcha y variaciones, señalar sus altibajos, sus épocas de mayor pureza o de corrupción, sus pérdidas y ganancias; ni serían tampoco poderosos los escritores, estudiando las leyes y contextura del idioma, a promover su desenvolvimiento progresivo. En suma, la teoría que principia por fijar el uso como única norma del bien decir, acabará, mal que pese a sus sostenedores, si es lógica en sus conclusiones, negando toda norma racional en materia de lenguaje.

No ha sido ciertamente esa teoría gramatical, si este nombre merece, entendida por todos de una misma manera; pero todos, o casi todos, la admiten en principio, sin desazón de conciencia.

Observad, señores, que en la esfera literaria las doctrinas que entronizan el gusto general o la razón del mayor número, no han provocado la ardiente contradicción que en el orden moral y político. La razón de esta diferencia nos sale al encuentro sin buscarla. Aunque el lenguaje intime relaciones con lo cultura nacional, y señale los grados de civilización de cada pueblo, con todo, las cuestiones filológicas, por vivo que sea el interés que despierten en claras y bien educadas inteligencias, no alcanzarán jamás la altísima y trascendental importancia que acompaña a las grandes cuestiones morales y políticas. No todo gobierno, no toda religión satisface a las necesidades primarias de la vida industrial, social y espiritual; pero cualquier idioma, por tosco y rudo que sea, concede lo que a la facultad de hablar piden esas propias urgentes necesidades. Cuando un pueblo se ve amenazado en su independencia, la lengua nacional se engrandece y endiosa a sus ojos; y si ha incurrido en la proscripción decretada por gobiernos usurpadores o tiránicos, refúgiase en el hogar doméstico, y entre los lares que venera la familia es objeto de culto cariñoso. Fuéra de estos casos excepcionales, el pueblo habla la lengua que ha recibido por tradición, sin conocer ni sospechar siquiera la clase de tesoro de que dispone, y

la poetiza o la aplebeya sin conciencia de sus actos.

Que esto haga el vulgo, es natural y se comprende sin esfuerzo; pero las mismas excusas por ningún caso son aplicables a los literatos y eruditos, que investigando y descubriendo las leyes del lenguaje, no sólo le manejan por mero instinto de imitación, sino que le cultivan con arte, como un instrumento cuya forma y fines científicamente conocen.

Los filósofos que soñaron con la creación de una lengua universal no sólo dieron por sentado, implícitamente, que el uso no es norma del lenguaje, sino que desechando todo punto de apoyo no tomaron lengua alguna, entre las usadas, por base de su fábrica convencional. Filólogos modernos que con apasionada predilección consideran la facultad de hablar como la única que distingue y ennoblece al hombre sobre todas las criaturas, conceden en cierto modo, por este hecho, a la ciencia del lenguaje la primacía entre todas las especulaciones antropológicas. ¿Y cómo había de elevarse el estudio de las lenguas a la categoría de ciencia, y entre ciencias excelentísima, si el lenguaje no reconociese más norma que el uso, arbitrario a las veces y siempre variable? Sin duda que aquellos fantásticos y ya extinguidos proyectos de una lengua universal, así como este

moderno empeño de singularizar el habla como distintivo del hombre, andan fuera del círculo de la teoría que constituye soberano al uso, y bien examinados y traídos a sus naturales consecuencias, con ella rompen de frente.

Nadie, empero, que yo sepa, se ha tomado el trabajo de hacer estas o semejantes confrontaciones, encaminadas a determinar los grados de autoridad que al uso hayan de reconocerse; porque los filósofos han mirado la cuestión de saber cuál es la norma del lenguaje como cosa de poca monta, o como extraña a sus encumbradas lucubraciones, y propia y privativa de los filólogos; y los filólogos, por su parte, o por temor de filosofar apartándose de los hechos, o por hábito irreflexivo, o por desdén mal fundado, en proponiéndose la cuestión, repiten de coro que el uso es la norma del lenguaje; atreviéndose tan sólo, los que más ahondan, al notar las absurdas consecuencias a donde podría llevarlos semejante doctrina, a interpretar lo que ha de entenderse por uso poniendo así algunas justas, aunque no suficientes limitaciones, al bronco sentido absoluto de la sentencia.

II

OPINIONES DE ALGUNOS HUMANISTAS SOBRE LA CUESTION

Y aquí como muestras de tales limitaciones, ocasionales casi siempre, rara vez deliberadas, permitidme recordaros los juicios rápidos que formaron sobre la materia de que trato algunos escritores o humanistas ilustres, antiguos y modernos.

QUINTILIANO, tropezando con la dificultad que presenta la variedad de usos, enseña que por uso ha de entenderse el consentimiento de los eruditos, así como en un punto de moralidad no hay otra costumbre respetable que aquella en que convienen los buenos. (1) Saint-Martin y otros publicistas del presente siglo, trataron

---

(1) Ridiculum paene fuerit malle sermonem quo locuti sunt quam quae loquantur. Sed necessarium est indicium. In loquendo, non siquid vitiose multis insederit pro regula sermonis accipiendum consuetudinem, sermonis vocabo consensum eruditorum, sicut vivendi, consensum bonorum. I. 6.

de sustituír la voluntad de los justos a la de las mayorías, y la soberanía de la virtud a la del pueblo, en la teoría de los gobiernos. De principios semejantes partía ya el sensato retórico latino tratando de determinar la norma del lenguaje; pero sin reñir, en apariencia, con la doctrina generalmente recibida, que admite como suprema ley la del uso. Quintiliano, en puridad de verdad, concede a la erudición preeminencia sobre el uso, pero no en són de doctrina nueva, sino a guisa de quien interpreta y desenvuelve una fórmula sancionada, indiscutible.

CERVANTES, que en medio de su desembarazada naturalidad, y a vueltas de no infrecuentes descuidos, cultivaba la lengua nativa con tanto esmero y cariño; Cervantes, que no desperdiciaba ocasión de sembrar doctrina y filosofía en sus escritos, sólo en apariencia festivos y ligeros, mal podía suceder que más de una vez no hubiese meditado sobre la jurisprudencia del lenguaje, y que aquí o acullá no hubiese declarado sus opiniones sobre el particular. Consignólas, en efecto, en la segunda parte del *Quijote*, poniendo según acostumbraba, sus propios sentimientos en boca de los personajes que introduce. ¿Quién de vosotros no recuerda la severidad y dureza con que el héroe manchego corregía el hablar revesado de

Sancho, motejándole de «prevaricador del buen lenguaje?» Y de aquí el diálogo interesante que se entabló entre el amo y escudero y el Licenciado, el cual interlocutor, a vueltas de otras razones, en que el autor del libro descubre su pensamiento, proclamó que «el lenguaje puro, el propio, el elegante y claro está en los discretos cortesanos, aunque hayan nacido en Majada Honda; —*discretos*, porque hay muchos que no lo son, y *la discreción es la gramática del buen lenguaje, que se acompaña con el uso*» (1). Con la «discreción», o como diríamos hoy, con los dictados de un criterio sano (2), limita Cervantes, por lo visto, la autoridad del uso, con la condición además, de que sea uso cortesano, aun cuando no lo fueren los que le siguen. Con saludables consejos previno el mismísimo D. Quijote a Sancho, para el buen desempeño de la gobernación de la ínsula, y fue uno de ellos que hablase con decoro, por lo cual le amonesta que en vez de ciertos vocablos soeces se valga de otros no comunes, de institución latina. «Y cuando algunos», advierte, «no entiendan estos térmi-

---

(1) Capítulo XIX.

(2) Cervantes por boca de Sancho distingue «discreción» de «ingenio» (II. 67).

nos, importa poco, que el uso los irá introduciendo con el tiempo, que con facilidad se entiendan, y esto es enriquecer *la lengua, sobre quien tiene poder el vulgo y el uso*». Claro paréceme aquí, que por vulgo entendía Cervantes lo que hoy de ordinario llamamos *uso*, y por *uso* una cosa harto distinta, y aun contraria al uso propiamente dicho, esto es, la facultad que ha de reconocerse a los hablistas y escritores, de dar entrada franca a vocablos nuevos, con la forma y significación que según las leyes de formación de cada lengua, y las generales del pensamiento humano, hayan justamente de corresponderles (1). Pídalos la necesidad de los tiempos, cumplan con esas pre-

---

(1) En el siguiente pasaje de la comedia «El Rufián Dichoso (II, 1) entiende Cervantes por *uso*, el uso nuevo que deroga el antiguo, ya perfeccionando las artes, ora no sujetándose al arte. Habla la comedia respondiendo a la curiosidad:

Los tiempos mudan las cosas
y perfeccionan las artes;
y añadir a lo inventado
no es dificultad notable.
Buena fui pasados tiempos:
y en esto, si los mirares,
no soy mala, aunque desdigo
de aquellos preceptos graves

cisas condiciones, y Cervantes, por boca de D. Quijote, se anticipa a aprobarlos liberalmente, sin que importe que al principio no se entiendan por todo el mundo, que el tiempo se encargará de extenderlos y vulgarizarlos.

FENELON, en la carta que dirigió a la Academia Francesa, después de asentar la soberanía del uso, la restringe en lo tocante a la lengua francesa. cual se hablaba en el dorado siglo de Luis XIV: «Los franceses, por punto general, aprenden su lengua por uso; pero *el uso adolece de defectos en todas partes*. Cada provincia tiene los suyos; París no está libre de ellos.... Aun las personas más cultas no aciertan a corregirse de ciertos resabios de elocución que en la infancia contrajeron en Gascuña, en Normandía, en París mismo, por el roce con domésticos....» Añade que griegos y romanos no se contentaban con aprender el habla nativa con arreglo sólo al uso, sino que,

---

que me dieron, y dejaron
en sus obras admirables,
Séneca, Terencio y Plauto,
y otros griegos que tú sabes.
He dejado parte de ellos
y he también guardado parte,
porque lo quiere así el uso
que no se sujeta al arte.

ya adultos, perfeccionaban aquellos conocimientos prácticos estudiando las reglas gramaticales, las etimologías, las excepciones metafóricas, el genio, en fin, y la estructura de la lengua. Ni vacila en recomendar a los escritores de nota que compongan nuevas voces, eufónicas, e introduzcan expresiones, ya simples, ya figuradas, a fin de enriquecer y hermosear el idioma.

LITTRE (el ilustre lexicógrafo cuya reciente pérdida lamentan las letras, el «honrado pagano» cuyo renacimiento celebra la Iglesia), al entrar e internarse en el estudio de la historia de la lengua francesa, a que dedicó muchos años de su larga vida, no era posible que no sintiese la necesidad de resolver esta cuestión preliminar. Su doctrina a este respecto está consignada en el prefacio de su gran diccionario. Allí establece que el uso contemporáneo es el principal objeto que ha de tener en mira quien se proponga formar el inventario general de las voces que componen una lengua viva. Pero confiesa en seguida que el uso contemporáneo no lleva en sí mismo los títulos que le abonan, y que ni podremos explicarlo razonablemente, ni discriminar en él lo bueno de lo malo, si no recurrimos a un uso anterior, si no nos remontamos a los orígenes.

«Una lengua viva, que pertenece a un gran pueblo y corresponde a un notable grado de desenvolvimiento social», presenta, según Littré, tres términos que deben estudiarse: «1.º *El uso contemporáneo*, propio de cada período sucesivo: 2.º Un *arcaísmo*, que en alguna época fue uso contemporáneo, y que ofrece la explicación y da como la clave de lo que apareció en seguida; 3.º En fin, un *neologismo*, que mal conducido altera, y bien conducido desenvuelve la lengua, el cual, corriendo el tiempo, llegará a ser arcaísmo él propio, y se consultará como historia y fase del idioma». Reconoce Littré la autoridad del uso; pero advierte que no ha de entenderse por uso el de determinado período o localidad, sino *el uso completo*, porque es éste el que lleva en sí mismo la razón que le explica y justifica. Pero el uso completo no es uso propiamente dicho, es la lengua misma, en el desarrollo histórico que ha seguido como cuerpo orgánico, desde sus orígenes conocidos hasta el punto en que la encontramos como lengua viva.

D. ANDRES BELLO define la gramática de una lengua «el arte de hablar correctamente, esto es, conforme al buen uso, que es el de la gente educada». Sin violentar el pensamiento del autor, deduzco de aquí que hay un género de educación que purifica y acredita el uso. Guían

a éste además, según el mismo filólogo, ciertos «procederes intelectuales», que se condensan y abrevian en los principios y fórmulas que constituyen la filosofía de la gramática. Y en materias ortológicas admite y sustenta esta regla promulgada ya por la Real Academia Española, a saber: que cuando el uso, o por ser vacilante, o porque empieza a perderse, no puede servirnos de guía para fijar la recta elocución y prosodia, hemos de referirnos y atenernos al origen, a las prácticas heredadas de la materna lengua latina.

Uno de vosotros (1), introduciéndonos al estudio de las modificaciones dialécticas que ha experimentado el castellano en estas regiones, es, que yo sepa, quien ha establecido en este negocio literario distinciones más precisas y atrevidas. Reconoce el autor de las *Apuntaciones críticas* la autoridad de gramáticas y diccionarios fieles a su instituto, en cuanto representan el uso, que «de tiempo atrás es reconocido por todos como árbitro, juez y norma del lenguaje». Pero no sigue como única guía la del uso: son dos los fundamentos en que apoya sus decisiones, a saber: el uso, y la linguística o ciencia del lenguaje, «base verda-

---

(1) Cuervo, *Apuntaciones críticas*. Prólogo.

dera de la gramática general y criterio segurísimo, superior en cierto sentido a la autoridad y su limitador, aunque también se le subordina en ocasiones»; si bien, por punto general, «se dan la mano y mutuamente se sustentan». ¡Considerad cuánto se menoscaba la ley de la costumbre, cuando a su lado se coloca, y aun a veces por cima de ella se levanta, el principio de la ciencia! Ya no es el lenguaje árbitro y juez, sino un poder equilibrado por otro poder; la monarquía absoluta, de tiempo atrás reconocida por todos, se convierte en gobierno templado y mixto. Y el uso mismo padece recortes: «necesario es distinguir entre el uso propiamente dicho, que hace ley, y el abuso que debe extirparse. Son notas del primero el ser respetable, general y actual.... En materia de lenguaje jamás puede el vulgo disputar la preeminencia a las personas cultas; pero también es cierto que a la esfera de las últimas puede trascender algo del primero en circunstancias y lugares especiales». El sabio Hartzenbusch llamó «atinados» estos principios; «juiciosa, oportunísima, sólidamente fundada», la doctrina de nuestro compatriota.

III

EXAMEN DE UN PASAJE DE HORACIO.—RAPIDA EXPOSICION DE DOCTRINAS HORACIANAS

¡Cosa rara! señores. Cuando humanistas y filólogos se esfuerzan por explicar cuál sea la norma del lenguaje, principiando por acatar la autoridad del uso como «árbitro, juez y norma», en hecho acatan la autoridad de un preceptista antiguo; todos ellos giran como fascinados, ya lo habéis visto, en torno del conocido pasaje de Horacio en el Arte Poética (1):

Parece este texto célebre argumento de la mayor excepción; pues si un insigne legislador del Parnaso, un maestro en quien dignamente se personifica la aristocracia literaria, proclama sin rebozo ni restricciones el principio democrático de la soberanía del uso, ¿quién será osado a combatirlo? Tomada aisladamen-

(1) Versos 71, 72.
.....Si volet usus
Quem penes arbitrium est et ius et norma loquendi.

te esta sentencia, la forma en que está concebida aparece absoluta y decisiva. Mas ¿se ha estudiado por ventura el sentido que tiene en latín la palabra *usus*, y especialmente el que solía darle Horacio? ¿Se ha confrontado la precitada sentencia con otros lugares paralelos del mismo poeta, para fijar la mente dei preceptista, como lo exigen las más triviales reglas de crítica literaria? Me atrevo a asegurar que errará quien presuma exponer la doctrina de Horacio apoyándose en el sentido literal de ese verso destacado y escueto.

Competían en Roma en tiempo de Augusto dos escuelas literarias. Idolatraban los unos a los viejos poetas nacionales, reputando sus obras por dechados de perfección, y condenaban en punto de estilo y de lenguaje toda clase de innovaciones. Los otros juzgaban que la lengua latina, ruda en Ennio, algo más adelantada en Lucilio, y mucho más en Lucrecio y Catulo, flexible y aun no perfecta, era susceptible de nueva hermosura y lustre que artífices entendidos supiesen comunicarle.

Creían los corifeos de esta escuela que el mejor medio de impulsar la lengua nativa, sin alterar su índole propia, consistía en seguir beneficiando la lengua griega, nobilísima hermana de la latina, a quien los romanos, a falta de lengua madre conocida, miraban con fi-

lial respeto. No entraba en la mente de aquellos eruditos que originalidad e imitación fuesen términos antitéticos, antes sí los consideraban correlativos, y aplaudían y recomendaban la imitación que traía consigo, de buena fuente, y con formas ni bárbaras ni disonantes, nuevos géneros de composición, nuevos metros, vocablos nuevos. Horacio, cabeza de este partido progresista, pero no anárquico, se gloriaba de haber introducido en Roma la poesía lírica al estilo de los griegos (1). Propercio, el más grecizante, y con todo eso, no el menos original, en todo sentido, entre los poetas elegíacos, se envanecía igualmente de haber popularizado en Italia esta otra manera de poesía (2); Virgilio, antes de escribir la Eneida, anunciaba que si la fortuna le daba vida, subiría a la cumbre de Aonio para traer de allí por vez primera, la musa épica a su patria (3). Tan distantes estaban de acomodarse al genio nativo de la poesía popular latina, que apartándose de las huellas de Nevio y Livio Andrónico, y desechando el metro propio de Italia, antiguo como los faunos de sus bosques, escribieron todos ellos en metros

(1) Carm. III, 30; IV. 4; I Epist. XIX, 21, ect.
(2) III, El. 1, 3, 4.
(3) Geo. III, 10, 11

helénicos. En la mente de Horacio el indígena ritmo saturnino, antes que con las glorias de los Scipiones en cuyos sepulcros campeaba, o con los anales de los pontífices y los mármoles sacros del Capitolio, asociábase con el recuerdo de la férula de Orbilio el pedagogo (1); y Virgilio describía en clásicos y atildados exámetros los paisajes de Mantua y la rústica vida de aquellos naturales, paisanos suyos, mientras que esos mismos campesinos, como observa Macaulay (2), ajenos del todo a poesía tan elevada, solazábanse entonando viejos cantares saturninos, que la posteridad no se dignó recoger.

En suma, cada uno de aquellos poetas declaraba que él había sido el primero a introducir en su patria el respectivo género de composiciones métricas; y como primeros descubridores, alzábanse con la gloria de la invención, que ellos identificaban con la aureola de la originalidad.

Era Horacio amantísimo de los libros viejos; dedicarse sabrosamente a su leyenda, lejos del ruido de la corte, en apacible quinta,

---

(1) II. Epíst. 1, 70.

(2) *Lays of ancient Rome. Preface.* Cita a Servio. ad Geo, II 385. Sobre la popularidad del metro saturnino V. la Métrica de Christ.

era su sueño dorado; (1) pero al mismo tiempo que a los antiguos escritores de su patria tributaba el elogio merecido, hacía gala de haber abierto rumbos nuevos en literatura, apodaba de *servil rebaño* a aquellos *imitadores*, que negaban a los autores contemporáneos el derecho de apartarse un punto del rastro que dejaron sus predecesores nacionales (2). Estimaba el númen como condición primera para aspirar al título de poeta, y redondamente negaba este dictado glorioso a quien no supiese otra cosa que labrar y acabalar bien sus versos (3). En frases tan duras como las que usó contra los secuaces ciegos de formas autorizadas, increpaba a aquellos innovadores, que fiados sólo en una pretensa inspiración, despreciaban el estudio incesante de los modelos, y el lento y agradecido trabajo de la lima (4). Tal es. en resumen, fielmente extractada de sus obras, la doctrina literaria de Horacio, el cual hermanaba la originalidad con la imitación discreta, la tradición con las reformas convenientes, la inspiración con el arte.

---

(1) II Sat. VI, 60-62.
(2) I Epist. XIX, 1, 1.
(3) I Sat. VI. 39-44.
(4) A. P. 295 sqq.

Con arreglo a estos principios recomendaba Horacio, en achaque de lenguaje, que se desenterrasen algunas voces antiguas injustamente arrinconadas (1), que a las vulgares se diese novedad y lustre por medio de atinadas combinaciones (2), y en fin, que en caso necesario se introdujesen vocablos nuevos, con la debida parsimonia, derivándolos del griego y acomodándolos a la eufonía latina (3).

Virgilio practicaba este sistema, al par arcaico y neológico; tradicional no menos que progresivo; sacaba a relucir en su Eneida joyas que andaban como perdidas en las obras de Ennio, de Pacuvio y otros poetas rancios; en las Geórgicas, habiendo de tratar asuntos pedestres y rústicos (4), ennoblecía voces plebeyas, engastándolas en ingeniosas frases y en versos peregrinos; y en materia de voces nuevas, desechando las que otros novadores habían pergeñado, cacofónicas, desgarbadas y contrarias a la índole latina, formábalas tan primorosas y elegantes, que luégo luégo se acreditaron, y formaron parte integrante del dia-

---

(1) II Epist. 11, 115-118.
(2) A. P. 47.
(3) Epist. cir. 119, A. P. 50 sqq.
(4) Geo. III, 289–293.

lecto poético. Y es de notar que en el más acabado de sus poemas, en aquel que a su muerte no quiso condenar a las llamas, y que los siglos han admirado como un modelo incomparable de poesía, es donde más innovador se ostenta, pues según el recuento curioso que ha hecho el erudito comentador alemán Ladewig, en las Bucólicas aparece una voz nueva, inventada por el poeta, cada 46 o 47 versos, en la Eneida cada 43 o 44, y en las Geórgicas cada 27 o 28 (1).

Provocaban estas libertades la crítica de una escuela melindrosa, y contra el osado poeta enderezaban censuras aquellos mismos que vivían aferrados a lo existente y al uso. Y defendiendo Horacio, en el Arte Poética, a sus amigos Virgilio y Vario, y en ellos el sistema de elocución que él mismo en otros lugares de sus obras había recomendado, pregunta en son de extrañeza y de reconvención, por qué motivo había de negarse a aquellos poetas contemporáneos la facultad de modificar el lenguaje enriqueciéndolo, de que otros poetas más antiguos usaron, sin que nadie por tal causa se hubiese atrevido a reprenderlos. Si Horacio concediese al uso, en el sentido en que comúnmente se entiende esta palabra, la

(1) Ladewig. Comentarzu Vergil, 1871.

soberanía que parece atribuírle, los Aristarcos nacionalistas de aquel tiempo podrían haber contestado al autor del Arte Poética, que las voces o frases introducidas o resucitadas por Virgilio y Vario, merecían ser tildadas y excluídas, porque actualmente no estaban en uso.

Observa el mismo Horacio que no sólo han de caer muchas voces en olvido, si lo quiere el uso, sino que otras ya absoletas renacerán, también si lo quiere el uso. ¿Y quién es poderoso a restaurar voces olvidadas? No por cierto el vulgo, conocido depositario del uso, sino los escritores que dirigen o reforman el uso. Concede, por tanto, Horacio al uso la facultad de recibir y sancionar las voces, no la de inventarlas, que es privilegio de eminentes poetas e insignes prosadores.

Es más clara todavía esta discriminación en otro pasaje, a que enantes aludí, del gran didáctico romano. Porque escribiendo a Julio Floro, enseña que quien haya de componer un verdadero poema, limpiará el polvo a algunas voces arrumbadas, y pondrá en giro otras nuevas, que el uso se encargará de popularizar:

Addiscet nova quae genitor produxerit usus.
Los escritores proponen; el uso sanciona lo

que merezca vivir (1). Con una metáfora confirma el poeta esta distinción. Las palabras son como las monedas: los gobiernos acuñan los metales con sello regio o nacional; el público recibe la moneda, y la gasta en la circulación.

También compara Horacio el lenguaje con la renovación de las hojas de los árboles: poética variante de un símil homérico, que bien examinada, no favorece a la soberanía del uso. Porque las hojas (en que están ahí figuradas las palabras) se mudan y renuevan; pero hojas nuevas y nuevos frutos, repiten la misma figura y condiciones de las hojas y frutos que caducaron: adhiriéndose al mismo tronco, alimentándose de la misma savia vital, confórmanse con el tipo determinado por los caracteres orgánicos de la planta. Así el lenguaje que está en uso es una renovación del lenguaje ya desgastado; brota de la misma raíz que éste; anímale el mismo espíritu viviente que a éste animaba, y como él, obedece a las leyes históricas de la lengua. El lenguaje se subordina a la lengua, y ésta a su tipo específico.

---

(1) Habla aquí Horacio del uso en el mismo sentido que después dio Cervantes a este término en un lugar antes citado.

M. A. CARO

Un orador elocuente (1) ha creído descubrir en el rasgo final del pasaje horaciano que ha dado materia a estas observaciones, un desahogo de espíritu democrático, no impropio en un poeta áulico que cortejaba a una especie de «cesarismo plebeyo». Republicano a órdenes de Bruto, derrotado en Filipos, partidario después de Augusto, podría decirse que Horacio, acabando por hacer lo que de ordinario hacen gustosas las democracias temprano o tarde, aceptó un amo.

Pero si en vez de explicar la conducta de nuestro poeta ensayando conjeturas fundadas en una teoría filosófica preconcebida, le juzgamos en lo tocante a opiniones literarias, según la letra y el espíritu de las obras que nos legó él mismo, hemos de confesar que Horacio en tales materias era eminentemente aristocrático, lo que hoy llamaríamos académico.

Criado en la gran Roma, educado en la clásica Atenas, iniciado en los misterios de la filosofía griega, y dueño de los secretos de una literatura extranjera cuasi divina (2), acostumbróse Horacio a mirar el ideal de lo ver-

---

(1) D. Antonio Ríos y Rosas. Memorias de la Real *Academia Española*. III, 142.

(2) II Epist. II, 41 sqq

dadero y de lo bello, como puesto y levantado muy por encima de las opiniones vulgares y de los gustos frívolos de veleidosa plebe. Pudo la pobreza, alejándole de objetos extraños a sus disposiciones naturales, impulsar su genio estimulándole a escribir versos (1). Pero la necesidad no fue para él sino una causa ocasional que despertó su vocación. El mismo blasona y se enorgullece de no tener el corazón contaminado de sórdida avaricia, gracias a la educación liberal que le proporcionó su buen padre (2). Nada había que juzgase Horacio ser tan nocivo al genio poético y a la perfección artística como el espíritu calculador y utilitario; y al afán de lucro que devoraba a la juventud atribuía la inminente ruina de la grandeza romana (3). Las relaciones de Horacio, lo mismo que de Virgilio, con Augusto, eran un género de amistad que enlazaba fortunas bien diversas, y de la cual no se hallará otro ejemplo en la historia de la literatura (4). Tratábanse el poeta y el emperador de soberano a soberano, dándose mutuas muestras de estimación y de respeto, no incompatibles con

---

(1) Ibid. 50 sqq.
(2) I Sat. VI, 55 sqq.
(3) A. P. 323 sqq.
(4) Patin, *Etudes sur la poésie latine*, lecc, XII.

el tono amable de familiaridad urbana que reina en las epístolas dirigidas por el príncipe de la lira al señor del orbe.

Como poeta lírico, y sacerdote de las Musas, anunciaba que sus cantos estaban destinados a las vírgenes y a los niños, y mandaba retirarse al vulgo profano:

Odi profanum vulgus et arceo (1).

Como poeta filosófico profesaba que, a ejemplo de la mímica Arbúscula, debía desdeñarse el voto de la multitud ignorante (2), y declarábase contento y satisfecho con la aprobación de un selecto y reducidísimo grupo de inteligentes amigos, compuesto de eminentes cultivadores de la poesía, con otros que generosamente la protegían, tal vez cultivándola al mismo tiempo. Así los nombres de Virgilio y Vario y Plocio, con los de los Mecenas, Polion y los Mesalas, aparecen en una misma línea, en aquella lista de *pauci optimates*.

Los que interpretan el consabido pasaje del Arte Poética con largo alcance y en un sentido absoluto y crúdamente democrático, no sé yo de qué trazas se valdrán para conciliarlo con la clara, terminante y cordialísima

---

(1) III Carm. 1.
(2) II Sat. X, 74 sqq.

declaración contenida en aquella frase memorable, que adoptarán, si no me engaño, cuantos aman el arte por el arte: *Contentus paucis lectoribus*.

No negaré yo que en el ya tantas veces citado lugar del Arte Poética, cuando compara Horacio graciosamente las voces de una lengua viva con las hojas de los árboles, concede al parecer grandísima preponderancia a la ley de las mudanzas. Es más: como que ya presentía el invierno que en breve despojaría a la lengua latina de sus galas. No son extraños en Horacio aquel juicio extremado y este melancólico augurio, tratándose de una lengua que en pocos años se había realmente transformado, y desenvolviéndose, llegado a un alto grado de perfección. El iiteralmente, y como entre las manos, la había visto crecer.

Por otra parte, los estudios etimológicos de aquel tiempo estaban en mantillas, y la antigua filología greco-romana era a la moderna ciencia del lenguaje, lo mismo que los sueños astrológicos de otros siglos a la astronomía de los nuéstros. Las lenguas que marchan sin orígenes conocidos, sin la luz con que lo pasado alumbra el camino de lo porvenir, son a manera de hombres nuevos, que no tienen la guía y el freno de las tradiciones de familia: lánzanse con facilidad por sendas pe-

ligrosas, que acaso llevan a trances de muerte. Horacio colocó el lenguaje en el número de las invenciones humanas, juzgándole por lo mismo perecedero. *Mortalia facta peribunt.* Desconocía que el lenguaje no es invención de los hombres, sino tradición inmemorial. Sus formas se renuevan sobre unos mismos elementos radicales; y las modificaciones que experimenta, que jamás son una creación, indican a veces progreso, y otras decadencia, sin que ésta ni aquél sean indefinidos ni forzosos. La moderna ciencia del lenguaje, estudiando las fuentes y las leyes orgánicas del lenguaje, dispone de medios eficaces para conocer el estado de fuerza o de descomposición en que se halla una lengua, y pronosticar, hasta cierto punto, sus ulteriores destinos. Los antiguos, que tenían ideas tan confusas e imperfectas sobre la constitución del lenguaje, ignorando muchas veces los orígenes inmediatos de las lenguas, y las relaciones de unas con otras, no estaban en capacidad de adivinar el porvenir de un idioma dado, y fácil era que temiesen su deterioro y próxima ruina, sin que se les ocurriese medio alguno de conjurar el estrago.

Pero cosa notable, señores: Horacio, que ponderaba la fragilidad del lenguaje, mirando sus gracias y elegancias, recibidas del uso, co-

mo flores de un día, comparadas con la duración probable de un puente nuevo, de un muelle, de cualquiera de las obras regias, pero al cabo mortales, que realizaba en su tiempo el genio activo y emprendedor de los romanos (1); Horacio mismo anunciaba que con sus versos se había erigido un monumento más sólido y vividor que las pirámides de Egipto, con ser éstas la muestra más estupenda de fuerzas humanas, el símbolo más grandioso de eternidad que jamás vieron los siglos (2). Conciliaremos estos dos al parecer contrarios juicios, reconociendo que el poeta distinguía entre el lenguaje usual y perecedero, idioma del vulgo, y el literario y sobreviviente, idioma de las Musas; y así aunque advierte que el uso es árbitro, juez y norma del lenguaje, refiérese al lenguaje sencillamente (*loquendi*), más que al *bien* decir, y en pone la sabiduría el «principio» y «fuente» del lenguaje literario, o sea del escribir *bien* (*scribendi recte*), asentando así como base de la literatura el mismo fundamento que Cicerón señala a la oratoria (3).

---

(1) A. P. 1. cit.

(2) III. Carm. XXX.

(3) «Scribendi *recte* sapere est et principium et fons», dice Horacio; y Cicerón: «Sed est eloquentiae, sicut reliquarum rerum, fundamentum sapientia.

IV

FORMAS Y CARACTERES DEL USO. VARIACIONES HISTORICAS DEL USO EN PERIODOS ANTECLASICOS. LAS LEYES DEL LENGUAJE Y LA ESPONTANEIDAD DEL USO, FACTORES DE CADA IDIOMA

Entiéndese por *uso* más comúnmente, la forma que toma una lengua y el curso que lleva en boca de las gentes que la hablan, entregada al instinto natural y a la imitación irreflexiva, y libre de la influencia directa de los libros.

El uso, así definido, toma el color social de cada una de las agrupaciones que se valen de un mismo idioma como de medio expedito de comunicación; y de ahí diferentes maneras de hablar, que se sobreponen unas a otras, compenetrándose a veces las que se tocan, en larga escala, desde el lenguaie rahez y tabernario, hasta el más elevado y ceremonioso. Igualmente castizas pueden ser dos voces sinónimas, por razón de antigüedad y del uso nacional que las sanciona, o más castiza una que otra, y ésta, con todo, bien recibida, y mal sonante aquella en determinada jerarquía, a virtud de diferencias que, entre tales y cuales modos de hablar, tácita y convencionalmente quedaron establecidas.

Por otro lado, una persona versada en todos los tonos y delicadezas del lenguaje cortesano y de los salones, incide fácilmente a pesar de eso, en incorrecciones gramaticales; y la balanza de la crítica literaria, que no siempre sigue las oscilaciones del uso, se incli*na alternativamente*, ya en favor de la frase popular, ya de aquella que prefieren gentes de educación esmerada.

Resulta de aquí que la crítica deslinda el lenguaje familiar, cuotidiano, el que empleamos para darnos a entender, del lenguaje escrito, literario, que vive y se transmite con elocuencia muda, en los libros. Campea el primero a merced del uso propiamente dicho; vive el segundo en otro ambiente, desenvuélvese bajo otros impulsos; y si bien, por las relaciones que ligan a éste con el uso, suélese llamar a las leyes que le rigen «uso *literario*», tal especificativo añadido a la indicación de género próximo, revela una diferencia profunda, así como negamos que un hombre sea un animal, por el mismo hecho de definir al hombre «animal *racional*». El lenguaje literario, o como si dijéramos de las *letras*, a diferencia del oral, obedece a principios ortográficos, distintos de la fonética, aunque con ella se conexionan; a artificios retóricos, o sea a la imitación bien entendida de modelos escritos,

diferente del ejercicio de la voz mediante la audición de otros sonidos vocales. Entre el lenguaje usual y el literario se levanta la oratoria, que de uno y otro participa, que con la voz inflama y persuade, pero para sobrevivir se acoge a la escritura. Y así como hablar según el uso, no es la misma cosa que escribir literariamente, ni conversación lo propio que literatura, entender lo que se escucha no vale comprender lo que se lee, y la concurrencia de leyentes, aunque menos densa, tiene un radio infinitamente más extenso que la de oyentes de toda especie. Los dramas de Calderón y de Shakespeare, desde el punto en que se imprimieron, se dedicaron aun a gentes que nunca habían de pisar teatros españoles ni ingleses; las obras de los clásicos de la antigüedad fueron copiadas por los humildes monjes de la Edad Media no sólo para otras naciones, sino para otros mundos, para este nuéstro, que yacía ignorado en la inmensidad del Océano. La obra literaria se transmite a través de las edades, como la luz de los astros por el éter, en viajes seculares, a inconmensurables distancias.

Y esa luz maravillosa que llamamos literatura, con su foco inextinguible y su irradiación inmensa; el lenguaje literario, en los diversos departamentos que abraza, cuales son

el estilo histórico, el poético, el filosófico, no es aquel uso propiamente dicho, a quien podemos señalar tres caracteres distintivos: lo primero, que las cosas se digan expontáneamente y sin reflexión, o sea la *naturalidad*; lo segundo, que lo que decimos sea entendido al *instante por la persona* que nos oye, o sea la *claridad*; y en fin, que nuestras palabras se acomoden a las costumbres y circunstancias sociales de aquellos a quienes nos dirigimos, o sea la *biensonancia*. El uso es la lengua hablada; se hermana con la discreción; excluye el estudio y el arte; no aspira a lucir en pública escena, ni menos corteja a la gloria.

Tiene el uso, en esta acepción amplias prerrogativas, que sería ridiculez o temeridad negarle, y que todos debemos reconocer.

Ante todo, y en lo tocante a los elementos materiales que el uso no créa, pero sí recibe y propaga, sabido es que nadie tuvo jamás potestad para formar ni una sola voz nueva sino sobre aquellas que están en uso, o bien restaurando o combinando otras que alguna vez lo estuvieron, sea en la propia lengua o en una lengua extranjera. Del uso o reciente o antiguo, reciben siempre la materia prima los artífices de la lengua. En segundo lugar, ciertos hechos sancionados por el uso general, llámense malamente caprichos, o séanlo en efecto,

constituyen leyes en largo período irrevocables, que no pueden faltar sino a condición de que la lengua empiece a transformarse. Así que los gramáticos no podrán, aunque quieran, completar sistemas deficientes de declinación o conjugación, ni regularizar las flexiones anómalas de nombres y verbos. Por el contrario, en el habla de los niños cuidamos de corregir, como si fuesen crímenes de lesa lengua, las formas regulares que ensayan siguiendo las analogías generales del idioma, como cuando dice *yo cabo, yo vení*. Por último, el uso, la viva voz, el hábito de hablar consultando sólo el oído, comunica al lenguaje aquel sabor naturalísimo que tanto distingue al que aprendió la lengua por libros y con maestros, de quien la mamó en la leche y le dio parte en sus juegos infantiles, y la tuvo después por compañera en meditaciones solitarias, por intérprete de íntimos afectos.

Yo no cesaré de admirar la prosa latina del Bembo o de Mureto, y las poesías de Poliziano, de Sannazaro o del jesuíta Rapino, que hay allí ingenio y gracia, o elegancia y delicadeza; pero ¿quién sabe, dicen muchos, sin que haya modo de decidir el punto, si Cicerón o Virgilio en esa prosa y en aquellos versos del Renacimiento, no habrían percibido algún dejo extraño, adorno postizo, y no infrecuentes

disonancias? ¿Quién sabe si Quintiliano mismo no se habría sonreído repitiendo aquello de *curiose loqui potius quam latine?* Las poesías francesas del español Maury y las castellanas del alemán Fastenrath, demuestran que es cosa posible, pero al mismo tiempo tan rara, que sólo se concede a privilegiados ingenios en circunstancias excepcionales, el aprendizaje literario de una lengua extranjera hasta el punto de escribirla con pureza intachable y con cabal propiedad.

Y precisamente, esta condición de la *propiedad* convencional y temple de las palabras, que han de medirse en cada ocasión, y a cada estilo han de proporcionarse, tan de cerca y como a única fuente se refiere al voluntarioso querer del uso, que éste, según parece, se entra por los términos del lenguaje literario, que no son los suyos propios, y allí procede a dar el tono a cada dialecto, distinguiendo mayormente el poético de los demás. ¿Por qué motivo es *pelo* voz familiar y *cabello* voz noble? ¿Qué razón milita para que *oreja,* término intachable en el siglo XVI (1), no ha-

---

(1) Más precia el ruiseñor su pobre nido
de pluma y leves pajas; más sus quejas
En el bosque repuesto y escondido,
Que agradar lisonjero las *orejas*

ya de emplearse hoy en poesía seria sin lastimar el oído de los leyentes? Caprichos todo y veleidades del uso, es cuanto podemos responder para dar razón de hechos que no la tienen conocida. De aquí el que Martínez de la Rosa, en su *Arte Poética*, al traducir al pie de la letra la consabida sentencia horaciana, circunscriba o este particular departamento la autoridad del uso:

La expresión más sencilla noble sea,
Y aunque propia parezca en vuestras obras
La voz plebeya que condena el uso
Proscrita de sus términos se vea.

¿Pues qué, el uso es el juez? Y árbitro y dueño
Despótico, absoluto, de las lenguas,
Y aunque del fallo la razón reclame
Declara a una voz noble y a otra infame.

Concediendo al uso todo el poderío y los privilegios todos que de derecho se le deben, todavía no es él árbitro supremo, única norma del lenguaje.

De algún príncipe insigne, aprisionado
En el metal de las doradas rejas.

Así el autor de la admirable *Epístola moral*. Y Fray Luis de León y Ercilla no decían de otro modo.

Tomemos ejemplo y enseñanza, para ilustrar esta cuestión, del orden superior y genérico de las costumbres, dado que el uso, en lo concerniente al lenguaje, es una especie de costumbre o tal vez de moda. El orden de la moral y el orden legal, que se han definido como círculos concéntricos, ¿coinciden por ventura con las costumbres de todos los pueblos, con tal exactitud, que la licencia mormónica, por ejemplo, repetida hasta normalizarse, se moralice de hecho, y merezca la protección de la ley? No se sabe ciertamente que ningún moralista o legislador haya mudado la naturaleza del corazón humano. Ni es potestativo de los que gobiernan la sociedad demoler lo existente, a guisa de revolucionarios, ni reformar el mundo con fórmulas ideales, y en virtud de brevísimas síntesis filosóficas, a manera de ideólogos, desentendiéndose en un todo de aquello que el tiempo y el general consentimiento tienen sancionado. Mas no por extremo opuesto ha de mirar con indiferencia el moralista ni ha de aprobar el legislador indistintamente todo lo que se halle establecido. Cúmplele dirigir las costumbres, sin contradecirlas ni darles batalla, encaminándolas por modos indirectos y con lento rodeo a la mayor perfección posible, estimulando a la virtud con justas recompensas, conminando con

eficaces penas al crimen, y calculando el grado de energía o suavidad, de los medios coercitivos que emplea con relación al estado de barbarie o cultura de la sociedad. El arte de gobernar, y en términos generales, toda ciencia aplicada a la mejora de la sociedad o del individuo, la educación, en fin, es una suave violencia que la razón hace a la naturaleza.

Lo mismo sucede, y lógico es que así sea, en la república literaria, en la esfera del arte de hablar y de la crítica gramatical, aun cuando aquí la razón no se acompañe de la fuerza, ni las decisiones del buen gusto cuenten con otra sanción que con el aplauso y la censura que distribuye la opinión ilustrada. Gramáticos y escritores no rompen en lucha abierta con el uso, y aun se ven obligados a contemporizar con muchas de sus exigencias; mas todavía ejercen sobre él indisputable autoridad, lo dirigen, lo depuran, acaudalando y embelleciendo la lengua.

Herbert Spencer, contradiciendo no sin risa burlona, a los elogios que otro célebre escritor inglés, Mr. Arnold, tributó a la institución latina de academias de la lengua, pregunta cómo se explica que la Academia Francesa no haya sistematizado los géneros de los nombres. ¿Cómo, que no haya desterrado y proscrito de la lengua la doble negación? Los franceses

usan a cada paso la locución *qu'est ce que c'est*, y aun *qu'est-ce que c'est que celá*. ¿Y cómo sucede, añade Spencer, que esta construcción francesa, que contiene cinco palabras inútiles, y aun seis (contando *celá* por dos) no haya sido excluída de la lengua por la crítica *purificante* de la Academia Francesa? Ved ahí, señores, con qué desenfado, más que británico, presume este escritor ingenioso y brillante zarandear a la respetable institución de Richelieu, que sirvió de modelo a la Real Academia Española, madre a su vez, venerada y querida de esta Academia nuéstra colombiana.

Y nace todo ello, a decir verdad, de las ignorancias de los sabios: de que SOCIOLOGOS hay (y perdonadme el barbarismo) que no se han detenido a estudiar las fuerzas combinadas que impulsan, conducen y mejoran el lenguaje, primero y necesario elemento de *sociabilidad* (1).

Mr. Arnold, por su parte, ha reconocido que la Academia Francesa «trabaja eficazmente por dar reglas seguras a la lengua, por dotarla de mayor precisión y lucidez, y acomodarla más y más a la exposición de toda clase de cues-

---

(1) Ingenioso e interesante es el ensayo *literario* de Spencer sobre el estilo; pero lo que apunta acerca de la formación del lenguaje, en sus ensayos sobre el progreso, nada tiene de *científico*.

tiones de arte y de ciencia». M. Renan, aun antes de ser académico, decía: «Preguntan qué es lo que ha hecho la Academia Francesa. ¡Poca cosa! Ha hecho la lengua francesa». Quitando a estas afirmaciones su forma hiperbólica, encierran una verdad: que la Academia Francesa, representación permanente de la Francia literaria, asamblea, verdaderamente nacional, de preclaros ingenios, ha contribuído no poco a pulir y disciplinar una lengua, que merced en parte a sus esfuerzos, y a pesar de las tachas que la afean como lengua cuasi sordomuda entre los romances, se ha generalizado a punto de convertirse en segunda lengua de los demás pueblos civilizados.

Contemplado en sus elementos radicales, en los sonidos primarios que sirven de base al habla humana, el uso de una época dada, como advierte Littré, no se explica por sí mismo. El uso contemporáneo se apoya en un uso anterior, éste en otro, más antiguo, y así sucesivamente, hasta que entramos en nebulosas e incógnitas regiones. Hasta donde alcanza a ver, mirando hacia atrás, la lingüística, los nombres debieron de ser en su principio demostrativos algunos, y los demás, casi todos, atributivos; es decir, que las palabras fundamentales que han rodado hasta nosotros, a modo de piedras arrastradas de cauce en cau-

ce por inexhausto río, desde aquellas fuentes remotísimas, sirvieron en su mayor parte para significar las cualidades de los objetos. ¿Qué razón tuvieron los hombres de antaño cuando pusieron nombre a una cosa, para fijarse en tal propiedad, y no en tal otra? ¿En qué grado fueron razonables, o hasta dónde arbitrarias las categorías en que desde un principio se clasificaron los seres visibles? ¿Y qué causa hubo, en lo fonético, para aplicar tal sonido simple o articulado, a expresar determinada idea y no otra cualquiera? ¿Hasta qué punto fue conveniente y atinada la elección que se hizo de conceptos primordiales, y la distribución de los sonidos vocales destinados a expresarlos? No lo sabemos: las razones que presidieron a la formación primitiva del lenguaje se ocultan en edades donde reina el silencio, y sólo Dios, autor de toda creación, posee la llave de este altísimo misterio. (1)

Toda investigación histórica párte de un origen secundario; por manera que la razón en que se apoya el uso, cuando le explicamos con

---

(1) La Sociedad de lingüística fundada recientemente en París, y que cuenta entre sus miembros a los más notables eruditos franceses, declara en sus estatutos que no admitirá comunicación alguna relativa al origen del lenguaje. Max Müller, *Stratification of language*

arreglo a otro uso anterior, es relativa; y así caminando siempre en una región intermedia, incapaces de explicar el uso en sus orígenes, como creación, sólo hemos de estudiarle en sus desarrollos, como transformación.

Ahora pues: si aleccionados de esta suerte por la prudencia, consideramos el uso, no en los elementos permanentes que conserva, sino en las nuevas formas de que reviste al lenguaje, modificándolo, notamos, desde luégo, que varía con el tiempo; y las causas de donde provienen estas variaciones, que no son el uso mismo, determinan por los mismos pasos, el valor propio de las prácticas noveles comparadas con las cesantes.

Si la literatura, como dijo una escritora ilustre, es la expresión de la sociedad, será bueno o malo un cambio en el lenguaje según que responda a un avance de civilización o a una avenida de barbarie; que no es progreso mudar de situación, ni siquiera caminar adelante, sino ir a lo mejor, marchar con buena orientación, y la experiencia histórica nos enseña que la civilización, aunque no retroceda literalmente, tampoco progresa por necesidad forzosa, y a las veces se paraliza, a las veces ciega y loca se extravía. Por lo que mira a los actos exteriores del pensamiento, y es el aspecto a que debo circunscribir mis observaciones,

es bueno el uso contemporáneo cuando acrecienta la lengua sin alterarla, cuando se asimila lo ajeno sin pérdida de lo propio, cuando se ostenta abundante, armonioso, fecundo; y es malo, cuando arruina lo que es de casa, y roba, no adquiere, lo de fuera; cuando padece pobreza en medio de tesoros que no sabe aprovechar, y descoyunta la lengua en la servil imitación de tipos exóticos; cuando no acierta a renovar lo antiguo ni a eufonizar lo nuevo; cuando de un lado es *desuso*, por lo que olvida, y de otro *abuso*, por lo que altera; cuando en todos sus movimientos lleva inequívos signos de decadencia.

En la historia del desarrollo sosegado y naturales progresos de una lengua nacional, distínguense tres grandes períodos: uno bárbaro o anteclásico, otro literario o clásico; y otro, en fin, crítico o post-clásico. En una misma época, como en esta que alcanzamos, pueden contemplarse, como coexistentes y disputándose el predominio de la lengua, estas tres formas de ella misma, en diferentes clases sociales: la continuación, o si se quiere, vida póstuma, del uso bárbaro, en la gente mísera y ruda que no pisa colegios ni abre libros; el esplendor literario, en los escritores que se forman, como en un taller, en el estudio de los

mejores modelos; la exactitud crítica, en las escuelas de erudición y filología.

Ni necesito yo remontarme aquí a muy altas y apartadas ramas, en el árbol genealógico del humano lenguaje, ni pedir, como el zoológico darwiniano, una luz remisa, fácilmente engañosa, a la oscura noche de los tiempos prehistóricos, para formar idea del modo y términos como corre el uso entregado a sí mismo, y de las modificaciones profundas que experimenta bajo la dirección que le comunican los escritores clásicos; supuesto que la historia de los idiomas neo-latinos, y del nuéstro en particular, ostenta en cuadro completo la evolución del habla, desde el punto en que una lengua anterior empezó a trasformarse en otra subsiguiente que asoma, se alza y crece, hasta que ésta, llegando a la plenitud de su fuerza y esplendor, afianza y dilata su imperio como lengua nacional y literaria.

No hay espectáculo más digno de estudiarse, ni recientemente, por dicha, más estudiado, que el del nacimiento y formación de las lenguas romances en los siglos medios, y de la estructura que presentan ya en los albores de la edad moderna. Empieza insensiblemente el latín a multiplicarse en dialectos, al modo que un organismo se descompone y transforma en nuevos organismos homogéneos. Tal proceso es

obra natural, espontánea y casi exclusiva del uso, o en otros términos, no es la literatura, no la filosofía, sino un vulgo ignorante e ignorado, el autor de fenómeno tan curioso. Mas la curiosidad que éste despierta se convierte en sorpresa, en lección provechosa, cuando examinando la ciencia transformaciones semejantes, descubre y recone que si no fueron científicas, sabias sí; cuando en los rumbos que seguía aquel vulgo que transformó el latín, se manifiestan aunque ocultas entonces, claras hoy a la luz que ella esparce, leyes seguras y constantes.

El toscano, el castellano, el francés, todas las lenguas romances, son, y lo eran ya siglos atrás, sistemas regulares de elocución. Cada una de ellas se somete a reglas que le son peculiares, y no prosmicuas, y a otras comunes a toda la familia neo-latina, de que resulta variedad graciosa dentro de la imponente unidad romana (1).

Cada pueblo neo-latino tiene, por ejemplo, su particular acentuación, nacional o provincial; pero ¡caso tan extraño como cierto! en medio de las permutaciones y pérdidas de letras, de las diferentes alteraciones y cambios,

---

(1) Facies non omnibus una.
Nec diversa tamen, qualem décet esse sororum.

que experimentan las palabras latinas al pasar a las lenguas romances, el primitivo acento prosódico, con raras excepciones, que admiten también explicación, permanece en su lugar en cada voz, y allí vive inalterable. Ley interesantísima, hasta hace algunos años no conocida de los filólogos, principio luminoso de etimología, que permite, pongo por caso, rastrear en algún incógnito diminutivo de la baja latinidad el origen de una palabra que, por aparente dislocación del acento, no se engarza directamente con el latín clásico.

Si alguien hubiese puesto ante los ojos a Barron, a Cicerón o a Horacio un puñado, digamos de palabras latinas para que sobre ellas profetizasen. ¿qué pensaremos que hubieran conjeturado? Tal vez que las letras fuertes se suavizarían, que se perderían las finales, que aquellos vocablos mismos caerían en olvido y desuetud, y serían reemplazados por vocablos nuevos. Nada más: la sabiduría antigua, aunque no tan ocasionada como cierta política moderna, a equivocar la virtud con la fuerza, no adivinó, ni tenía por dónde adivinar, que el principio vital de las palabras no reside en las letras más resonantes, sino en el acento, elemento musical y enfático, y centro inmaterial en cierto modo, que con fuerza de cohesión agrupa las sílabas yuxtapuestas; forma

sustancial y alma, digámoslo así, de cada palabra. ¿Qué mucho que los antiguos no columbrasen fenómeno semejante, si modernamente, al mismo tiempo que la lengua francesa, desmoronadas muchas voces latinas polisílabas y reducidas en ella a una sola sílaba sonora, a la sílaba tradicionalmente acentuada, da vivo testimonio de la supervivencia del *espíritu* en las palabras, el pueblo que habla aquella lengua es cabalmente el de oído más indócil para percibir la diferencia fundamental entre sílaba acentuada y sílabas no acentuadas? Marmontel, académico y célebre preceptista de la centuria pasada, confesaba que tenía por fabuloso el acento tónico (1), no de otra suerte lo miran muchos en Francia, y recientemente Quicherat, Gaston Paris, Littré se han esforzado por demostrar a sus compatriotas la verdad sencillísima de que las palabras francesas se dividen en agudas y graves, clasificación comprobada por el cumplimiento de aquella admirable ley etimológica. Si fuese permitido este paralelismo simbólico, diría yo que al modo del pueblo israelita en materia de religión, en lo tocante a este peregrino accidente de la elocución, que llamamos acento, el pueblo fran-

(1) Quicherat, Mélanges de philologie, p. 217.

cés ha sido depositario y guardián de la misma verdad que en el orden regular de las cosas parece condenado a no comprender.

Os he traído a la memoria esta ley de la permanencia del acento, no para desviar vuestra atención del asunto de que trato, antes bien para rogaros que la fijéis en las conclusiones que del reconocimiento de leyes lingüísticas tales como ésta, se desprenden en relación con el concepto del uso.

¿Habéis reparado, señores, en el espíritu, en el verdadero sentido que envuelve todo argumento que a secas se apoya en el uso? Cuando se decide que debe pronunciarse, decirse o escribirse de tal o cual manera, porque así lo exige el uso, ¿no observáis que con esta razón potísima se cierra la boca a la curiosidad? Con efecto, en el uso el hecho es todo, el derecho nada; cosa es sobreentendida que el uso, como ya lo expresó Martínez de la Rosa, es «despótico, absoluto»; si él lo quiere no hay más que averiguar; la razón en que apoya sus decretos, es aquella sinrazón *porque sí*, de los niños, de los necios y de los tiranos.

Y yo, señores confieso que, aun tratándose de lenguaje, estas razones arbitrarias, que en otros casos son ofensivas y tiránicas, me han disonado siempre. Confieso que he extrañado la *autoridad* que se atribuye a una entidad

impersonal y despótica. El hecho, cuando no tiene, ni admite, ni consiente fundamento alguno, alegado como razón única, es un insulto a la razón verdadera. Soberbia y locura sería (ya lo he reconocido) pedir las razones últimas de las cosas; pero es fuero propio de seres racionales exigir a los hechos que presenten su título como manifestaciones o como agentes de fuerzas superiores. Merece el hecho respeto y acatamiento, no por lo que es en sí, sino por lo que representa; y si el uso no es más que un hecho, le seguiré por necesidad, no le acataré con el entendimiento. Para que el hecho lleve mis obsequios racionales, yo le exijo que en lo sustancial, aunque no en los pormenores, se apoye en una ley preexistente, o con ella se enlace de algún modo, aun cuando yo no la penetre en sus causas finales. Y no me objete aquí alguno que en ello me mueve el vano placer de quien gusta de beber en fuente más alta, pero siempre turbia, su ignorancia. No; no me remonto a buscar hipótesis imaginarias, como la del *átomo*, ni me contentan palabras provisionales o vacías, como la de *casualidad*. Leyes solicito, cualesquiera que sean, porque legalidad es forma de justicia, y justicia realización de derecho; y cuanto más antigua la ley que descubro, más me satisface, porque por su antigüedad mido la alteza de su

origen y lo benéfico de su institución. No sólo con el jurisconsulto aclamaré a la legalidad justa, sino con el filósofo la reconoceré luminosa y con el teólogo la acataré divina. Cuando de lo casual pasamos a lo providencial, cuando de lo que es subimos a lo que debe ser, cuando del caos, en fin salimos para entrar en el orden, que es calor y es luz, el corazón naturalmente se regocija, sosiega y descansa el entendimiento.

La permanencia del acento originario en todas las lenguas romances en medio de sacudimientos y destrozos sociales, al través de largos siglos tumultuosos, a pesar de grandes distancias interpuestas entre diferentes pueblos neolatinos, es, con otros muchos, elocuente ejemplo para mostrar cómo en su transformación los idiomas se guían por leyes preexistentes, que en períodos anteclásicos dirigen el uso popular. La sola razón *sic iubeo* del uso, satisface al que nada más desea que hablar una lengua según el uso recibido; mas no es suficiente ya para quien desee poseerla por principios: no para el que sigue la historia de sus variaciones fonéticas y examina su estructura gramatical; no para el que estudia el encadenamiento de sus acepciones metafóricas, y aguza el entendimiento para fijar sus sinoni-

mias, llevando siempre delante la indispensable antorcha de la etimología.

Y descubierta la ley, en conformidad con ella se establecen reglas gramaticales y se dictan sin apelación justísimos fallos en el tribunal de la crítica. En vano, será por ejemplo, que *médula, cólega o méndigo* produzcan en su abono ejemplos de autores coetáneos: háse dislocado en tales vocablos el acento que derivan del latín, violan y contrarían una ley histórica del idioma, y basta hoy esta consideración, sin necesidad de alegar pasajes de escritores clásicos como pruebas de *uso* literario, para condenar y proscribir esos y cualesquiera otros proparoxítonos, de los varios que está introduciendo o pretendiendo introducir en castellano (como observa agudamente el señor Morel Fatio) la tonta idea de que la acentuación esdrújula es en todo caso, por lo enfática, más noble que la llana o grave.

Errará, empero, quien extremando este método científico-histórico, considere las lenguas como plantas parásitas que crecen abrazadas apenas al árbol de la humana sociedad. El lenguaje, dice el profesor Pott, es compuesto de alma y cuerpo, y vive y se alimenta a un mismo tiempo de espíritu y materia. Por una parte, producto sonoro de los órganos vocales: por otra brote lozano de la imaginación; y en

él, como en tcdas las manifestaciones de seres animados, los movimientos regulados por leyes naturales se combinan con otros caprichos, inexplicables; la necesidad se modifica y particulariza por obra de la espontaneidad. Conocemos tal vez las causas fisiológicas que determinan el cambio o eliminación de algunos sonidos y letras; pero dentro de los principios generales cabe variedad de resultados. Nos enseñará el filólogo que aun las excepciones gramaticales son restos de leyes antiguas que cayeron en desuetud; pero no explicará en muchos casos por qué una ley es regla y otra degeneró en excepción. (1) Si se nos proponen varias voces latinas que significan una misma cosa, tenemos la clave para darles a todas ellas la forma que les corresponde en nuestra lengua; pero si se pregunta por qué razón el uso adoptó una y desechó las otras (por qué v. gr. usamos *beber* y no *potar*, si bien se dice *agua potable* y no *bebible*) posible es que se conozca la causa (2), posible también que no acierte a decidir el punto el más erudito filólogo. En muchísimos casos la elección dependió de móviles involuntarios, ignorados, o de causas accidentales tal

---

(1) V. Cuervo, *Apuntaciones*, 3.ª ed., parágrafo 665.

(2) Díez, en la Introducción a su Gramática, señala varias de esas causas.

vez o del momento; fue, por punto general, espontánea; y a este elemento, origen de la condición que apellidé ya propiedad convencional de los términos, limítase, en último análisis, la jurisdicción del uso, puesto caso que por uso entendemos de ordinario aquellas prácticas que no admiten explicación histórica ni científica.

Nace de aquí que, si bien de los resultados es permitido ascender, por vía de recomposición, al origen, y confrontados diversos idiomas congéneres se ha ensayado, y ensayarse puede, con buen éxito la reconstrucción de la lengua madre, no de igual manera trazará el filólogo, la forma circunstanciada de futuros dialectos. Como en la historia del mundo, en la del lenguaje la ciencia anuncia bienes o males, prosperidades o catástrofes, pero en globo; la experiencia recomienda recursos eficaces para remediarse del daño que amenaza, pero sin responder de las contingencias; porque la espontaneidad traviesa, hurtándose al análisis, por disposición providencial, se encarga de desbastar los cálculos fundados en el cumplimiento riguroso de leyes naturales.

A éstas obedeció el lenguaje en períodos ante-clásicos. Con ellas concurre en los siglos clásicos, otro elemento, dominador del uso, otro factor, de más alta alcurnia que la esponta-

neidad instintiva, a saber: la libertad racional de los ingenios superiores, que con esfuerzo generoso ilustran y ensanchan los términos de de la lengua patria.

V

EL USO Y LOS ESCRITORES CLASICOS

Qué hemos de entender por autores clásicos, en qué consistió su labor, cuál fue su mérito, dícelo en breves palabras, que me complazco en repetir para adorno de esta exposición, el ilustre Cardenal Newman:

«Autores clásicos de una literatura nacional son aquellos que, en orden a poner de manifiesto el poder de la lengua en que escribieron, y dirigirla en su desenvolvimiento, ocupan lugar preeminente. La lengua de una nación es a los principios ruda y tosca, y demanda una serie de entendidos artistas, que trabajen en hacerla maleable y dúctil, y en llevarla a la conveniente perfección. Crece ella, sí, con el uso; pero no cualquiera se hallará capaz de manejarla bien cuando todavía está informe. Esfuerzo es éste, propio del genio; y así sucede que, como destinados a realizar tal obra, van apareciendo uno en pos de otro, y según las circunstancias de los tiempos, hombres dotados de talentos peculiares. Uno le da flexibilidad, esto es, enseña cuán bien puede

acomodarse ella a expresar, con nitidez y delicadeza, diversidad de ideas y de sentimientos; otro le comunica perspicuidad y energía; un tercero acrecienta su vocabulario; quién, en fin, le añade gracia y armonía. El estilo de cada uno de esos eminentes maestros llega a convertirse en una especie de propiedad de la lengua misma, conforme van entrando en la conversación, entre clases ilustradas, y tornándose recursos del arte de escribir, todas aquellas palabras, frases, construcciones y giros que antes no se conocían». (1)

Los que poseemos una lengua acaudalada por tan diversas fuentes y raudales tributarios, que hoy corren reunidos a manera de majestuoso río, no acertamos a distinguir fácilmente lo que a todos y a cada uno se debe en la formación del leguaje: lo que el uso trajo consigo, y lo que los escritores clásicos pusieron de su caudal en las corrientes del uso; y tan injusto fuera adjudicar íntegro el lauro de la invención a las fuerzas anónimas del lenguaje usual, como a la personal gallardía de preclaros ingenios. En las sencillas crónicas, trovas, y canciones de gesta del período anteclásico hemos de estudiar, y estudia hoy la

---

(1) *Lectures on University subjects*, III parágrafo 4.

crítica anchurosa y benévola, una fase de la lengua; otra fase más espléndida y perfecta admiramos en las producciones de los siglos de oro, hijas del saber y la constancia; y de la comparación atenta reultará conocer la lengua en sus variadas formas, y poner en claro los títulos del uso popular y los merecimientos de los artistas literarios.

Comoquiera que sea, y salvo siempre el respeto debido aun a la embrionaria literatura de siglos llamados bárbaros (que sólo la salvajez, no la barbarie, cae bajo el nivel de la humana grandeza), no puede negarse que los primeros escritores clásicos de una lengua supieron dejar muy pronunciada en ella la estampa de su individualidad; así es que discurriendo con su acostumbrada ingeniosidad y gracia sobre los grandes poetas italianos, gradúa Lord Macaulay de «creación», y fuélo en cierto sentido, no diré el estilo, el leguaje mismo de la *Divina Comedia* (1).

Cuando apareció Dante, el latín era aún la lengua literaria y culta, la lengua de las universidades y de la Iglesia. «Cuantos aspiraban, dice el crítico inglés, a distinguirse en las altas esferas de la poesía, al latín apelaban. Compadecido de la ignorancia de su dama, al-

---

(1) Dante italianizó muchas palabras latinas.

gún caballero, de vez en cuando, declaraba su pasión en versos provenzales o toscanos. Tambien pudo ser en ocasiones materia de edificación para el pueblo alguna alegoría piadosa compuesta en la jerga vulgar. Mas ningún escritor había imaginado que dialecto de aldeanos y placeras tuviese en sí energía y precisión bastantes para dar forma a una obra majestuosa y duradera. Ensayólo, el primero de todos, Dante, el cual descubriendo en aquel descuidado venero, tesoros de pensamiento y de dicción, los acrisoló hasta el mayor refinamiento, puliéndolos les dió esplendor, y acomodólos a todo objeto o útil o grandioso. Y así alcanzó la gloria no sólo de haber compuesto el mejor poema narrativo de los tiempos modernos, sino de *haber creado una lengua* que se distingue por su incomparable melodía, y que se presta singularmente para dar a las más altas y apasionadas ideas la expresión severa y concisa que cual ropaje propio les corresponde» (1).

¡Bella apología que de una de las lenguas meridionales hace un hijo del Norte! En qué grado y medida aquel espíritu viril que fue en Dante dádiva de la naturaleza, transmitido al idioma toscano supo en éste conservarse vivo y poderoso; cómo y hasta dónde, a

---

(1) On the principal italian writers.

partir de aquella primera imposición de manos, siguiendo los pasos y revueltas de los Estados itálicos, amoldándose al carácter regional y a la índole de escritores nuevos, fue modificando el suyo propio la galana, musical y brillante lengua de Maquiavelo, de Tasso y de Manzoni, que en majestad, robustez y grandilocuencia cede indudablemente la palma a la lengua de Granada, de Ercilla, y de Quintana, cuestiones son ajenas de mi competencia y no para tratarlas en la ocasión presente.

Volviendo los ojos a la lengua castellana, viene a cuento recordar, lo primero, el precioso *Diálogo de la lengua*, de Juan de Valdés, el cual, a modo de sencillo monumento, se alza conspicuo en el espacio donde cesa el movimiento del uso, falto de conciencia y de freno, y se abre la éra de los escritores que a fuer de príncipes de la elocuencia o la poesía, empuñan cetro y dictan leyes al lenguaje.

Ello es que en la obra del célebre dialoguizante (y ya con la mente os habréis adelantado a este recuerdo mío) aparecen dos españoles y dos italianos, en una casa de campo cerca de Nápoles, discutiendo ingeniosamente sobre el mejor modo de hablar una lengua, como la castellana, que por entonces, corriendo los años de 1530, carecía de modelos propios. El personaje principal reconoce lo difícil del em-

peño «porque he aprendido—dice—la lengua latina por arte y libros, y la castellana por uso; de manera que de la latina podría dar cuenta por el arte y por los libros en que la aprendí, y de la castellana no, sino por el uso común del hablar; por donde tengo razón de juzgar por cosa fuéra de propósito que me queráis demandar cuenta de lo que está fuéra de toda cuenta». El mismo Valdés no hallaba otra autoridad en qué apoyar sus opiniones gramaticales, que los refranes populares, en que «se ve muy bien», según observación de su interlocutor y paisano Torres, «la puridad de la lengua castellana». Tanto así, a pesar de las leyes de Partida, menos dechado literario, que esfuerzo de aplicación y alarde de regia sabiduría, mostrábase baldía la lengua castellana cuando los escritores contemporáneos de Valdés, o los que de cerca vinieron en pos, tomaron sobre sí la ardua empresa de sacarla de su llana condición y coronarla reina.

A las veces el mismo Valdés en sus escritos también se apartaba del uso. El Interlocutor italiano Marcio le dice: «Satisfacednos con las razones que os mueven a escribir algunas cosas de otra manera que los otros; porque puede ser que éstas sean tales, que valgan tanto cuanto pudieran valer la autoridad de los li-

bros». Y es de ver en las que expone Valdés, a vueltas de la discreción que de ordinario le distingue, la ignorancia que padece y los errores en que cae cuando a falta de modelos indígenas consagrados, inventa para su uso particular etimologías arbitrarias, vanas razones científicas.

Ni fue científica (o a lo menos escaso anduvo este elemento auxiliar) sino artística, o sea, guiada únicamente del amor de la belleza, la imitación de modelos literarios latinos e italianos, nacida al calor del Renacimiento; y ese fue el medio por donde se enriqueció la lengua castellana; esa la corriente que, desatada por los buenos escritores, invadió briosa la del uso, dominándola a las veces, modificándola siempre.

Sabido es que España, en la época de su mayor poderío, y con relación a Italia, repite los rasgos que caracterizan a la antigua Roma, en los días de su grandeza, vencedora de Atenas en armas, por ésta vencida en letras. El verso endecasílabo, que otros no habían acertado a aclimatar fue, en manos de Garcilaso, con los primores y galas que comporta, conquistador de la lírica española, y no sin resistencia, avasalló al popular octasílabo, al modo que el exámetro helénico había humillado en Roma al indígeno ritmo saturnino; salvo

que en España, el genio de la poesía popular tornó luégo a levantarse y dominar en el teatro, ostentando originalidad al par que extravagancia, moviéndose a compás de los aplausos de una multitud sin letras. Comoquiera, Garcilaso, innovador tan atrevido como afortunado, fue padre de nuestra poesía lírica; y tan hondo puso en ella el sello de su genio que su lenguaje no se ha anticuado en nuestro Parnaso, y suena y sonará siempre gratísimo en oídos españoles, el eco de las rimas, como el de «corrientes aguas, puras, cristalinas».

Fernando de Herrera, comentando a Garcilaso, motejaba a los escritores contemporáneos, porque reverenciando el uso, «estrechaban los términos de la lengua». «Los italianos, decia. hombres de juicio y erudición, y amigos de ilustrar su lengua, ningún vocablo dejan de admitir, sino los torpes y rústicos. Mas nosotros olvidamos los nuéstros nacidos en la ciudad, en la corte, en la casa de los hombres sabios, solamente por parecer religiosos en el lenguaje, y padecemos pobreza en tánta riqueza y en tánta abundancia. Permitido es que el escritor se valga de la dicción peregrina cuando no la tiene propia y natural o cuando es de mayor significación. . . .Las nuevas voces no han de ser humildes, hinchadas, tardas, luxuriosas, tristes, demasiadas, flojas y

sin sentido, sino propias, altas, graves, llenas, alegres, severas, grandes y sonantes».

¿Y qué diremos de Fray Luis de León? Cuando leemos la agradable prosa de los *Nombres de Cristo*, o repetimos de memoria los inmortales versos «¡Qué descansada vida!. . .o *Noche serena*, como con esas palabras, y esas cláusulas, y ese ritmo estamos familiarizados desde la escuela, nadie nos quitará de la cabeza que Fray Luis de León escribía con la misma espontaneidad con que sentía, y que en sus obras castellanas el pensamiento y la expansión nacían sin esfuerzo como hermanos gemelos. No: Fray Luis de León que había nutrido su espíritu en la poesía hebraica, que estaba familiarizado con la literatura greco- romana, que escribía magistralmente el latín, como lo acreditan sus obras expositivas, y que en latín enseñaba y discutía en Salamanca, no era, digámoslo así, un romancista espontáneo y fácil. Emulando a los italianos, y siguiendo sus huellas, aspiraba a levantar al nivel de la toscana su lengua nativa, manejándola a fuer de esclava, indócil todavía a la disciplina del arte, y en este camino salíanle al paso contradicciones diversas, porque los latinistas y eruditos no le sufrían que se rebajase a escribir en castellano, y con ellos se ligaban sus émulos, haciendo capítulo de acusación que

alguna vez hubiera osado exponer asuntos bíblicos y morales en lengua vulgar, y los romancistas e iliteratos, por su parte, le pedían que escribiese ni más ni menos como el vulgo hablaba. A unos y otros replicó en los *Nombres de Cristo* el docto agustiniano, y por los últimos estampó estas palabras dirigidas a D. Pedro Portocarrero, y después muchas veces citadas:

«De estos son los que dicen que no hablo en romance, porque no hablo desatadamente y sin orden; y porque pongo en las palabras concierto, y las escojo, y les doy su lugar. Porque piensan que hablar romance es hablar como se habla en el vulgo, y no conocen que el bien hablar no es común, sino negocio de particular juicio, así en lo que se dice, como en la manera como se dice. Y negocio que de las palabras que todos hablan, elige las que convienen, y mira el sonido de ellas, y aun cuenta a veces las letras, y las pesa, y las mide, y las compone, para que no solamente digan con claridad lo que se pretende decir, sino también con armonía y dulzura. Y si dicen que no es estilo para los humildes y simples, entiendan que así como los simples tienen su gusto, así los sabios y los graves y los naturalmente compuestos no se aplican bien a lo que se escribe mal y sin orden: y confiesen

que debemos tener cuenta con ellos, y señaladamente en las escrituras que son para ellos solos, como aquesto lo es. Y si acaso dijeren que es novedad, yo confieso que es nuevo, y camino no usado por los que escriben en esta lengua, poner en ella número, levantándola del descaimiento ordinario. El cual camino quise yo abrir, no por la presunción que tengo de mí, que sé bien la pequeñez de mis fuerzas, sino para que los que las tienen se animen a tratar de aquí adelante su lengua como los sabios y elocuentes pasados, cuyas obras por tantos siglos viven, trataron las suyas; y para que la igualen en esta parte que le falta con las lenguas mejores, a las cuales, según mi juicio, vence ella en otras muchas virtudes».

En suma, al lenguaje de León ha de aplicarse, en lo que le toca, lo que de su arte y estilo en general dice un ilustre escritor de nuestros días, quien mejor que nadie, y no una vez sola, ha juzgado al príncipe de los líricos españoles antiguos y modernos (1); es a saber, que «Fray Luis de León acudió a todas las fuentes del gusto, y adornó a la musa cas-

---

(1) El señor Menéndez Pelayo, que en su obra *Horacio en España*, P. 205 y sigg. explica el desarrollo del genio poético de León, dividiéndolo con acierto en cinco períodos.

tellana, con los más preciados despojos de las divinidades extrañas; y animó luégo este fondo de imitaciones con un aliento propio y vigoroso capaz de sacar de la inmovilidad lo que pudiera juzgarse forma muerta, encarnando en ella su vigorosa individualidad poética, ese elemento personal del artista que da unidad y carácter propio a su obra».

¿Y qué es ver a un poeta tomar de dos voces, gemelas por la significación, la que corre como villana, y ennoblecerla (1), o desenterrar un término arcaico, o dar título de ciudadanía a uno provincial? Singularísimo privilegio, porque en estos casos los poetas, desafiando y atropellando el uso en lo que es, como he dicho ya, primitiva jurisdicción y dominio de éste, alteran los lindes por él establecidos entre el lenguaje vulgar y el poético, entre el que ha muerto y el que vive, entre los dialectos y la lengua nacional.

Con tan feliz éxito modificaron algunos grandes escritores la lengua reformando el uso, que siendo contemporáneos Fray Luis de León y Santa Teresa, las obras del primero, no compuestas para los simples y humildes, de su tiempo (como él mismo lo advierte) son hoy, si no

(1) V. Burgos, *Discurso de entrada en la Academia*, en Ochoa, *Apuntes para una Biblioteca*, tomo 1.

me engaño, más claras e inteligibles para todo el mundo, inclusos los humildes y simples, que las obras de la santa escritora, ajenas de todo aliño de erudición, como trazadas con mano veloz, a impulsos de ardentísimo celo. Y aun más se apartan del uso actual en la forma, digámoslo así, fonográfica, en que salieron de su mística pluma, que en la ortográfica en que se imprimieron, revisadas por el mismo Maestro León, de orden del Consejo Real, en 1588. La Santa escribía como pronunciaba; Fray Luis, como estimaba que debía pronunciarse, acomodándose a la etimología, y así al cabo, rectificándose la fonética por la escritura, es como ha llegado a pronunciar todo hombre de mediana educación.

Otras veces sucede que un novador afortunado, después de alcanzar triunfos, quiere abusar de su talento, se hace extravagante, la corriente del uso le derriba y le vence, y su nombre antes glorioso, sirve de escándalo o de risa a los venideros. ¿Quién lee hoy las obras mayores de D. Luis de Góngora? Quién no repite su nombre como mero emblema de afectación y de perverso gusto? Y sin embargo ese *angel de tinieblas* ilustró la poesía española a satisfacción de todo el mundo, como dice Francisco Cascales: «El enriqueció la lengua castellana con frases de oro felice-

mente inventadas y felicemente recibidas con general aplauso». ¿Y quién no se admirará de saber que muchas voces hoy de uso general, e indispensables si no han de suplirse con enojosos rodeos, fueron en siglos anteriores gongóricas y no entendidas de la gente? (1)

Todavía en tiempos no lejanos de los nuéstros, cuando parecía cerrada ya la época de las reformas, y fijada la lengua, hallamos ejemplos elocuentes de los triunfos que alcanzan, no menos que de los abismos en que suelen hundirse los innovadores de talento. Cienfuegos y Quintana eran compañeros, amigos, y fundadores de una misma escuela: Capmany demostraba que Quintana no era castizo en sus poesías, y las novedades de uno y otro poeta andan mezcladas, sin distinción de colores, como retales de un mismo paño, en la satírica epístola a Andrés, de don Leandro Moratín. Con todo, Cienfuegos llevó muy lejos su audacia, y quedó vencido por el uso; mantúvose

---

(1) «Calderón refiere que un barbero se equivocó al sacar una muela por haberle dicho un culto que la dañada era la *penúltima*. Moreto cuenta entre las voces cultas *libidinoso*, *crédulo*, *obtuso*. Adolfo de Castro, *Poetas líricos del siglo XVI*, tomo, 1 (colección de Rivadeneyra) p. XXXI

Quintana en más prudentes límites, y venció al uso (1).

Hoy pocos, nadie tal vez lee a Cienfuegos, y todavía leemos a Quintana y admiramos y saboreamos en sus poesías, como rasgos naturales y gustosos las que en su tiempo fueron rarezas.

Cuando una pluma escrutadora y diligente bosqueje la historia de la lengua, describirá todas las curiosas peripecias del combate general, si vale decirlo así, que en épocas de confusión empeñaron los escritores contra el uso, más como conquistadores de regiones incultas que como legisladores de bien organizadas comunidades; descenderá a explicar las tentativas individuales, afortunadas unas veces, y desgraciadas otras; rastreará el origen clásico de muchas voces y frases que hoy son del dominio público; dirá, si lo logra, cómo y cuándo entraron unas en el caudal de la lengua, y descartadas otras se relegaron al olvido: ofrecerá, en fin, a la admiración, no a la imitación, la gloria de los triunfadores, como León y Quintana; y para que sirva de escarmiento y freno a la osadía de miserables me-

---

(1) Cf. Quintana, *Introducción a la poesía castellana*, siglo XVIII: Salvá, en el prólogo de su gramática; Alcalá Galiano, *Recuerdos de un anciano*, p. 65.

dianías, enseñará la ruina de genios poderosos como Góngora y Cienfuegos, que en la lengua que hablamos dejaron rastros anónimos de su fuerza, y con las obras que escribieron, a modo de obeliscos aislados, monumentos de su temeridad.

Juan de Castellanos, nuestro ingenuo y fecundo cronista, que habiendo venido a Indias como soldado de la conquista, tuvo tiempo en más de medio siglo que residió en estas comarcas como vecino y cura de Tunja, de ver creciente y próspera la colonización española, decía graciosamente y en son de queja (en versos cuyo sentido traduciré en prosa), que los nuevos pobladores tenían ojos para ver los caminos por donde transitaban, las posadas donde paraban la noche abrigados y servidos, las poblaciones donde llegaban y recibían hospedaje, mas no para considerar los grandes trabajos de los primeros descubridores y fundadores, que venciendo una doble naturaleza bravía, la de los hombres y las selvas, domeñaron a los unos, y allanaron las otras, y trajeron las comodidades de la vida europea, y a costa muchas veces de la propia vida, dejaron centros de cultura, en beneficio de los que hubieron de ser, a juicio de Castellanos, y de los que somos aun hoy, si no me engaño, sus mal agradecidos herederos.

Lo propio sucede tratándose de la lengua. Tenemos una tan hermosa, tan rica, tan fértil, que para todo sirve y a nadie jamás viene estrecha, sólo al que no ha estudiado sus inagotables recursos, y cogemos sus flores y sus frutos, sin acordarnos de que la fuerza y la savia de su organismo es la vida y la sangre de escritores ilustres, de los clásicos españoles: que lo mejor de su propio ser, que ellos en ella pusieron, recibiólo y asimilóselo la lengua, y ahora como de sí misma nacido lo presenta, bajo el nombre vago de *uso*, que sirve como el de *casualidad*, a encubrir y postergar el mérito personal del genio creador. Si en vez de esta noble lengua neo-latina, hablásemos la lengua mosca o cualquiera otra de las innumerables que pululaban en América antes de la conquista, vivas aún algunas de ellas, alumnas todas del uso, y no adornadas de gloria literaria, ¿podríamos orar y escribir, versificar, filosofar, discutir, como ahora a nuestro sabor y a nuestras anchas, y con pensamientos tan oscuramente concebidos cuanto confusamente expresados nos sería permitido, ni por asomos, ni en la esperanza tomar parte en el concierto de la civilización moderna? ¡No, señores! Participación tan gloriosa, sólo se nos concede a condición de usar de una lengua clásica, la castellana, que no solamente es tal,

sino leonense y riojana, y calderoniana y cervántica; no la lengua del vulgo, del trato común y del comercio, sino la propia de los escritores clásicos de la nacion española. Diérase sentimiento al lenguaje, como lo dio la antigüedad a las plantas, y en el melodioso rumor de las palabras de nuestro idioma, como en el de hojas meneadas por el viento, percibiríamos el acento de León y de Rioja, de Calderón y de Cervantes, y los oiríamos otras veces gemir, como a Polidoro, a los golpes sacrílegos, que renegando de nuestro origen y repudiando nuestras glorias, solemos asestar sobre las ramas dilatadas y aun sobre el anciano tronco de este árbol que cobija a tantos pueblos con su sombra!

Y aquí cabría investigar qué poder y alcance tiene el uso en una lengua perfeccionada ya de ese modo por los autores clásicos. Este terreno cultivado, cubierto por la industria de cuanto hay que desear para utilidad y recreo, ¿a qué vicisitudes y andanzas está expuesto? ¿Qué decadencia o qué progreso aguarda a nuestro idioma? ¿Es cierto, como se ha dicho, que fijada el habla, todo lo añadido la desfigura y no la hermosea? ¿Que el lenguaje, masa blanda en esa edad clásica, en la forma y con los aumentos que adquirió entonces se ha tornado en nuestras manos ace-

ro resistente? (1) ¿O pensaremos que, si bien así definido en su índole, es susceptible, sin alterar ésta, de un desenvolvimiento ilimitado? Tal como una lengua muerta, el latín tuvo una época de renacimiento, ¿no podrán tenerla, en que se remocen y reflorezcan, las lenguas vivas? ¿Ha perdido, o ha ganado el castellano de tres siglos a esta parte? La presente centuria, tan fecunda en eminentes escritores, ¿no se podrá considerar segunda edad de oro, no de todas, pero sí de algunas literaturas europeas? Y tanta riqueza literaria, ¿no habrá influído, poco o mucho, en el vo-

---

(1) Tal es la discreta opinión de Newman en su precioso discurso *English Catholic Literature*, arriba citado: Thus the language has become in a great mesaure stereotype: as in the case of the human frame, it has expanded to the loss of its elasticity, and can expand no more. Then the general is style of educated men, formed by the accumulated improvements of centuries is far superior perhaps in perfectness to that of any one of those national classics, who have tanght their countrymen to write more cleary, or more elegantly, or more forcibly than themselves. And literary men submit themselves to what they find so well provided for them; or if impatient of conventionalities, and resolved to shake off a yoke wich tames them down to the loss of individuality, they adopt no half measures, but indulge in novelties whic hoffend against the genius of the language and the true canons of taste».

cabulario y en el sistema conceptual o sintáctico, y en la métrica de las respectivas lenguas?

Problemas acabo de apuntar para discutidos en una obra seria, y no dentro de los términos, ya con exceso dilatados, de este discurso; fuéra de que es por demás difícil juzgar bien las cosas contemporáneas, las cuales no se ofrecen al espectador definidas y en silencio, como las históricas, sino en un movimiento que ofusca y con un ruido que asorda. Yo me contentaré con afirmar, interpretando, si no yerro, vuestras opiniones, que ora se considere la lengua en cuanto está fijada, ora en lo que tiene de progresiva; ya se consulte su pureza, ya su adelantamiento, hemos de cultivarla apacentándonos en los grandes modelos; y que éstos han de ser, como dijo Moratín el viejo, «griegos y españoles, latinos y españoles, italianos y españoles»; porque principiando por lo helénico, *ab jove principium*, como tipo excepcional y perfecto de belleza, éste es, por lo demás, el orden que pide la índole de nuestra literatura; y es ley de toda cosa que no puede rejuvenecerse, ni progresar, sino conformándose con las tradiciones de su historia, con las condiciones inherentes a su carácter, con las necesidades de su naturaleza.

VI

VARIACIONES REGIONALES DEL USO. ALIANZA ACADEMICA. PRINCIPIOS QUE DIRIGEN Y RECTIFICAN EL USO

Pero el uso varía no sólo en el tiempo, sino también en el espacio, de una provincia a otra, de un lugar a otro inmediato. Cuando la literatura cesa de brillar, y faltan escritores, la necesidad de entenderse los hombres unos con otros, no basta por sí sola a mantener la unidad de la lengua, sino en reducidas comarcas. Con la anarquía social corre parejas la confusión de lenguas; y vemos entonces a un idioma, rico y noble, y que abarcaba tal vez vastos territorios, descomponerse y morir,

> Cual obra de contrarios elementos
> Que de la unión pacífica se afligen,
> A renovar su enemistad atentos.

La descomposición de una lengua entregada al uso, y su multiplicación en dialectos, es ley natural, cuyo cumplimiento sólo se aplaza o se elude por la acción que ejerce la literatura sobre el lenguaje vulgar. Es la literatura la sal del lenguaje, el único poder que

neutraliza e impide la acción disolvente del uso. Y comoquier que la unidad de la lengua sea en muchos casos objeto del más alto interés, la cuestión toma, desde ese momento, un apecto nuevo e importantísimo: no será ya progreso de buena ley el que no se realice a un tiempo dondequiera que se habla el idioma; y la libertad de los escritores ha de restringirse y templarse, en beneficio de la unidad, bajo la discreta dirección de los centros de mayor cultura, de academias, donde las haya, encargadas de velar por la conservación del patrio idioma.

En los dialectos que se hablan todavía en las naciones latinas, no del todo avasallados por las lenguas nacionales, estamos sintiendo después de siglos, los resultados del desquiciamiento y confusión en que cayó envuelta la lengua latina, entre las ruinas del imperio romano, al empuje de los bárbaros del Norte.

Disputábase, no muchos años há, y creo que aún se disputará en Italia, cuál es la ciudad, Florencia, Siena o Roma, donde se habla el toscano, y recuerdo que a Manzoni se dio comisión especial para que propusiese los medios conducentes a fijar y afianzar la unidad de la lengua italiana.

En aquellas naciones que de tiempo atrás conquistaron la unidad política, la capital se

considera también como centro o metrópoli de la lengua escrita o literaria, auque no siempre se reconozca que sea allí donde mejor se habla el idioma, y aunque en una misma capital coexistan, como es natural, diferentes usos. Por ello dijo Cervantes: «Toledanos puede haber que no las corten en el aire en esto del hablar polido...porque no pueden hablar tan bien los que se crían en las tenerías y en Zocodover, como los que se pasean todo el día por el claustro de la iglesia mayor, y todos son toledanos» (1). Lope de Vega decía que los Argensolas habían ido de Aragón a Castilla a enseñar castellano; y de un insigne escritor americano (que recibió su educación literaria en Bogotá) dijo en Madrid un académico famoso: «Quien quiera oír buen castellano, vaya y hable con Baralt». Mas ejemplos semejantes no son razones poderosas a quitar el cetro literario a las grandes capitales; y así, aunque los naturales de Valladolid blasonen de hablar con más pureza que los madrileños, y aunque el lenguaje andaluz sea el más galano y gracioso de la Península, y aunque en algunos puntos de América se conserve el habla exenta de las novedades y corruptelas de

(1) Quijote 11, 19.

origen transpirenaico, la capital de España, mientras la civilización siga su curso natural, mantendrá siempre la preeminencia que le corresponde en materia de buen lenguaje, y de letras en general, porque en su seno vive la flor de los poetas, literatos y oradores de la Nación.

Mas con la lengua de Castilla se ha verificado un fenómeno que no tiene ejemplo en la historia: que habiéndose extendido por derecho de conquista a remotos y dilatados territorios, ha venido a ser lengua común de muchas naciones independientes. De ser hermanas blasonan las repúblicas de la América Española, y ora amistosos, ora sañudos sus abrazos, serán siempre, si en paz, hermanas, y si en guerra, fratricidas; anverso y reverso de un parentesco fundado en una común civilización, y estrechado por vínculos de los cuales la unidad de la lengua no es el menos poderoso. De inmensa importancia es, por razones obvias, la conservación de esa unidad hermosa; pero no hay probabilidad de que ninguna de las capitales de las naciones que recibieron el castellano como herencia común, adquiera en punto de lenguaje, título de primacía por consentimiento unánime de las demás. «El continente hispano-americano—ha dicho el célebre geógrafo Eliseo Reclus—se jacta de tener va-

rias Atenas, entre ellas dos principales, una al Sur, otra al Norte: Buenos Aires y Bogotá». (1) ¿Y convendría en aceptar lugar secundario Méjico, la que engendró a Alarcón y crió a sus pechos a Valbuena? ¿Quedaría postergada Caracas, la *magna parens virum*, que con sólo el nombre de Bello oscurece constelaciones de nombres gloriosos? ¿Rendiría parias a nadie la orgullosa Santiago, centro floreciente de riqueza y de ilustración?....

Entre tanto el interés de mantener la unidad de la lengua, que de diversos pueblos independientes que la hablan y cultivan, forma una nación, una sola patria literaria, demanda que los diferentes miembros de esta colectividad demuestren con signos visibles que pertenecen a un cuerpo y que tienen una cabeza; y no hay medio tan razonable y justo de satisfacer a esta necesidad, conciliando ambiciones y acallando celosas rivalidades, como que las capitales de las repúblicas hispano-americanas, representadas por juntas literarias de carácter permanente, y cada una en su jurisdicción respectiva, entiendan en las cosas de la lengua distinguiendo, en lo regional, aquello que por su origen y otras condiciones merezca vivir y entrar en el caudal

---

(1) *Revue de deux mondes* febrero 1864.

de la lengua, para recomendarlo a la adopción general, y aquello que carece de títulos y no ofrece ventajas, para descartarlo del lenguaje literario, y relegarlo a la oscuridad o al olvido. Y para que este trabajo sea armónico y fructuoso, todas esas corporaciones han de subordinarse, con razonable adhesión. al principal centro literario de España, como a depositario más calificado de las tradiciones y tesoros de la lengua. Mantener por medios semejantes tan grandiosa y fecunda unidad, fue sin duda el objeto que tuvo en mira la Academia Española cuando acordó establecer academias correspondientes en las capitales de todas estas repúblicas.

El filólogo D. Antonio Puigblanch, que como español antes que catalán, se sometió gustoso al yugo suave de la unidad nacional del idioma, se adelantó, en cierto modo, a este pensamiento feliz, cuando daba a los americanos, junto con el ejemplo, este consejo sensato, citado y aprobado por Bello y por Cuervo: «Los españoles americanos, si dan todo el valor que dar se debe a la uniformidad de nuestro lenguaje en ambos hemisferios, han de hacer el sacrificio de atenerse como a centro de unidad al de Castilla, que le dio el sér y el nombre». Ahora bien: este razonable sistema de subordinación no se ajusta y compadece

con el principio de la autoridad absoluta del uso, cuyos seguidores, entre usos locales, no examinarán los títulos ni distinguirán la calidad, igualando en la indiferencia de su juicio, lo legítimo y castizo con lo bastardo y espurio, la lengua nacional, custodiada por solícitos guardianes, con los dialectos y subdialectos que amenazan, con sus desmanes, a la vida de la madre.

Los escritores clásicos dejaron en sus obras modelos a la imitación de las edades; los gramáticos, estudiando semejantes dechados, elevan a principios las prácticas que hallaron observarse en ellos, y fijan así los cánones de la lengua. La labor de los primeros fue artística, literaria; la de los segundos científica y crítica. Y dado que escritores clásicos a las veces siguieron el uso, a veces de él se apartaron, los gramáticos sancionan como base del buen uso contemporáneo, prácticas antiguas junto con otras relativamente modernas. Mas acaece también no descubrirse tal vez entre los autores aquella uniformidad sobre la cual se delinean sistemas, antes estar en contradicciones unos con otros, y ninguno acaso consiguiente consigo mismo, como se ve en materias ortográficas; o bien que aunque general una práctica, cual es de notarse en algunos puntos de sintaxis, no se explique su adopción sino por ignorancia o in-

curia, y esté en pugna con poderosas razones de etimología, de linguística, o de crítica literaria.

Lícito es, en tales casos, que el escritor de conciencia se aparte no sólo del uso común, sino del uso literario más general, ladeándose a lo que estime más razonable y perfecto, codicioso de mayor corrección y perspicuidad en el estilo.

Salvo que, cuando no se trate de escribir con esmero y atildamiento, sino de iniciar y difundir alguna reforma trascendente, no basta que la doctrina nueva esté bien fundada, requiérese además que su autor y propagadores dispongan de poder o influencia suficientes para obligar a todo el mundo a que la adopte, y tan alto prestigio no se concede a individuo alguno en nuestro siglo, que, cuanto extiende por igual la ilustración, tanto abate y quebranta la arrogancia personal. Una reforma que se localiza sin vigor expansivo, tiene dos inconvenientes funestos: en primer lugar, de hecho perturba y desconcierta; en segundo lugar, abre la vía a otras innovaciones más audaces, tal vez absurdas, y como ejemplo desmoraliza.

Tal es el caso de las reformas ortográficas con que algunos, animados tal vez de buenas intenciones, pero no previendo los resultados de su naturalmente escaso y siempre limitado

prestigio, han propendido a anarquizar la escritura, y por ende la lengua misma, en la América Española.

No favorece a sus propósitos la opinión general, y sensata se arrima a la autoridad de la Academia Española; a virtud de que, ora por razón, ora por instinto, se reconoce que la introducción de reformas generales sólo incumbe a corporaciones como aquélla, tres veces respetable, por su antigüedad, por su eminencia, por el concurso de preclaros ingenios que la componen. Que ella alcanzó, y alcanza, la aquiescencia universal, en vano solicitada por reformadores particulares, la experiencia lo demuestra. En el siglo pasado quejábase el ilustre Feijoo de la anarquía de la escritura: «en cuanto a la ortografía, no sigo —decía— regla determinada, porque no la hay». Fue la Academia quien mató la anarquía dictando leyes que todos hemos acatado. «Al comparar— decían Bello y García del Río en 1823— el estado de la ortografía castellana cuando la Academia se dedicó a simplificarla, con el que hoy tiene, no sabemos qué es más de alabar, si el espíritu de liberalidad.... con que la Academia ha introducido las reformas útiles, o *la*

docilidad del público en adoptarlas, así en la península como fuéra de ella» (1).

Merced a prolijas y delicadas investigaciones, han determinado los filólogos las principales leyes a que obedece el lenguaje en su desenvolvimiento natural, al par que los gramáticos señalan las peculiaridades del lenguaje y estilo de los escritores preeminentes. Falta ahora que se expliquen e ilustren los principios de aquel criterio científico, que así justifica al escritor en ocasionales desvíos del orden establecido por los clásicos, como a las academias, en la dirección que comunican a la lengua, ora fijando el uso, ora reformándole.

Materia es ésta dificultosa, y en que se procede tal vez más por tanteo y por razones particulares que por sistema y reglas generales. Ni es permitido llegar a una precisión extrema en negocio donde entra por mucho el tacto del

---

(1) Los neógrafos que citan a Bello debieran considerar que si es *digna de alabanza la docilidad del público, dentro y fuera de la Península, en adoptar las reformas introducidas por la Academia*, no lo será menos, cuando el mismo público rechaza y condena lo que condena y rechaza la Academia. Esto es lógico. No podríamos ser a un mismo tiempo dóciles a la Academia y al general argentino D. F. Sarmiento. *Nemo potest duobus dominis servire*.

buen gusto, que, como todo sentido, esquiva las impertinentes tentativas del análisis, celoso de su libertad; pero si no reglas estrechas, sí pueden establecerse algunos principios generales, que admiten desahogadamente variedad de aplicaciones; como son los que, en rápidas indicaciones, voy a proponer, sólo a fin de comprobar que con el uso literario concurre también la crítica, a sombras de la autoridad académica, en la obra de perfeccionar la lengua.

El respeto a la *etimología*, auxiliada por la *ortografía*, ataja la descomposición de una lengua. Hubo un tiempo en que todos decían, y los más escribían *acetar*, *cativo*, *conduta*, *dotrina*, *escuro*, *insine*, *siguro*, etc. La Academia Española, en el siglo pasado (siguiendo las pisadas del sistema ortográfico de Fray Luis de León), inició una reacción etimológica, fijando la ortografía de tales voces, y hoy todos no sólo escribimos, sino que pronunciamos *aceptar*, *cautivo*, *conducta*, *doctrina*, *insigne*, *oscuro*, y aun *obscuro*, *seguro*, etc. Y de aquí ha resultado que los vocablos castellanos son en general más conformes con el origen latino y más íntegros en su forma que los italianos; porque en España, merced a la Academia, los doctos do-

minaron el uso, y en Italia el uso arrastró a los doctos (1).

La nomenclatura *científica*, fundada en la etimología y la analogía, hace felices invasiones en el lenguaje usual, acreditando y vulgarizando muchos nombres técnicos que reciben carta de naturaleza en el diccionario vulgar, y penetran a veces en el santuario de las Musas. «No de-

---

(1) Es verdad que la Academia, después que en el siglo pasado rectificó la fonética por medio de la ortografía etimológica, en el presente (1803-1815) introdujo una reforma ortográfica apartándose de la etimología y arrimándose a la pronunciación; más ésta, por dicha, ya se había fijado al tenor de la escritura etimológica y en esa parte nada alteró la Academia, salvo el cambio o la supresión de algunas letras (*estraño, trasformar*) que después, con mejor acuerdo, y con el aplauso de los doctos, incluso Bello, ha restablecido. Consideren los neógrafos enemigos de la Academia que a ella se debe la uniformidad de la escritura castellana en ambos continentes; que sin la autoridad que ella eficazmente ha ejercido, los partidarios exagerados de la etimología usarían a la hora ésta una ortografía latinizada, y los seguidores del rigor fonográfico no sólo escribirían *corasón, estáo, verdá*, como pronuncian (amén de infinitas divergencias provinciales) sino estamparían también los consabidos *agüelo, destruición, dotor, Ingalaterra* dado que así hubiéramos de haber pronunciado todos, ellos y nosotros, pues tal era lo corriente del uso, si no la rectificara la tradición escolar, cuyo más poderoso impulso vino, como queda dicho, de la Academia Española.

be cerrarse la puerta por neológicas—ha dicho atinadamente uno de vosotros—a las voces cuya aceptación diariamente reclaman el vuelo de las ciencias y artes y la entrada de nuevos usos y costumbres: en lo cual sólo ha de andarse alerta para acomodarlas bien al genio de nuestro idioma y rechazar muchas formadas sólo para disfrazar cosas viejas con vestido griego o latino. Mucho menos pueden tildarse de neológicos los derivados y compuestos conformes a las leyes de la lexicología castellana; pues como nuestra lengua no es muerta, tiene que desarrollarse, crecer y mirar siempre al sol del progreso, fecundador poderosísimo de las lenguas. Sería antes de desearse que los buenos escritores propendiesen con su ejemplo a aumentar en nuestro idioma aquella flexibilidad en que tanto le aventajan las lenguas clásicas, y algunas vulgares, como la alemana y la inglesa. Debe por otra parte recordarse (sigo repitiendo palabras de nuestro docto compañero) que cada época ha de ser por fuerza neológica respecto a las precedentes; ni es posible que suceda de otro modo, supuesto que siendo el lenguaje espejo de las costumbres, si la sociedad no permanece estacionaria menos podrá esperarse que el lenguaje se quede inmóvil. Cada época va dejando alguna contribución al caudal de la lengua, como un rastro

de sus gustos e ideas; y si hoy no hacemos melindres a voces astrológicas como *síno, estrella, desastre, desastrado, saturnino;* si llamamos al aire, al agua y al fuego *elementos*, y nos *actuamos* o *informamos* de un asunto, y hablamos de *predicamentos* y *categorías*, sin que se nos pase ya por la imaginación el peripato o la escuela, ¿por qué hemos de negar a nuestros contemporáneos el empleo oportuno de términos e imágenes suministradas por las ciencias modernas?».. (1)

Razones *gramaticales y retóricas*, de precisión, de perspicuidad, y de regularidad bien entendida, mejoran la sintaxis de una lengua descartando construcciones pleonásticas, inconsecuentes o revesadas, aun cuando las proteja un uso inmemorial. Todos los escritores del siglo de oro de la literatura española incurrían habitualmente en faltas de concordancia; en redundancias como la siguiente: «Suplico a *V. M. que*, porque no encarguemos nuestra conciencia con una cosa por nosotros jamás vista ni oída, *que V. M.* sea servido de mostrarnos algún retrato de esa señora». (Cervantes); y en regímenes impropios, de esta especie: «Estatua vestida, *que* el aire *le* mueve la ropa».

---

(1) Cuervo, *Apuntaciones Críticas*, Prólogo.

(El mismo). En vano el uso general de anteriores siglos, sancionado además por los grandes escritores clásicos, pidió gracia para semejantes incorrecciones: los gramáticos con justa razón las desaprobaron, condenólas la Academia, y felizmente han sido desterradas.

La *lógica*, que ha de regir el pensamiento en sus más atrevidos giros y en sus más desembarazadas manifestaciones, pone cortapisas a hipérboles violentas y a metáforas absurdas. Así Littré no vacila en condenar la frase «imprimir movimiento», aunque autorizada en francés por Buffon, Malebranche, Voltaire, Fontenelle; niégale el pase por incorrecta e inexacta, porque encierra una metáfora falsa e incongruente; y en punto de metáforas, añade con razón el gran lexicógrafo, el uso no goza del derecho de prescripción contra los fallos de la lógica.

Hace consonancia con esta doctrina la regla que observaba y recomienda Coleridge, a saber: no usar una palabra en sentido inmaterial y translaticio sin confrontarlo, como piedra de toque, para juzgar de su oportunidad y propiedad, con el sentido recto y material. Secreto ha sido éste de eximios escritores, los cuales ¡cuántas acepciones impropias, cuántas metáforas no desecharon, antes indebidamente naturalizadas en la lengua!

Y si saliendo del campo puramente literario, subiésemos a fuentes más altas, ¿qué no diríamos del *orden moral?* ¿Quién no ve la influencia benéfica que tienen en las letras la nobleza de sentimientos y la suavidad y pureza de costumbres? La tiranía envilece los caracteres y falsea los talentos: la servilidad, el hábito de adular inventa un estilo exagerado, enfático y tortuoso; al calor de la sinceridad sustituye artificios glaciales; a la expresión sencilla, armoniosa y cándida, la frase enredada, rimbombante y nebulosa; conforme se extingue el patriotismo, el mal gusto cunde y el lenguaje mismo, en su índole y vocabulario, se altera y desvirtúa. Viciado éste, y descaminado el uso, nadie espere en una restauración literaria, promovida por medios mecánicos; que el galvanismo retórico no es instrumento de resurrección; renazca y reine la virtud, y florecerán entonces las letras humanas.

El furor revolucionario es otro enemigo y perturbador del lenguaje; porque con hombres y cosas, alza asimismo y rebaja las palabras, no por escala sino a saltos, trastornándolo todo. En fin, y para valerme de los conceptos de un ilustre escritor de nuestro siglo: (1) las grandes conmociones civiles, agitando todas las

(1) Villemain, Discours et Mélanges

almas, engendrando monstruosidades de maldad y de energía, dando tormento a las ideas, empozoñando las palabras, amenazan a la literatura con una irrupción de barbarie casi inevitable, mayormente cuando vienen en pos de una época de adelantada cultura y refinamiento literario. Nacerán todavía y brillarán algunos talentos sobre el campo arrasado por la tormenta; pero al cabo la lengua se corrompe, lo natural parece vulgar, la verdad cosa demasiado débil. Sacudidas por emociones violentas las almas pierden entonces aquella sensibilidad viva y delicada de donde resulta el buen gusto literario, y el genio no conoce ya reglas ni jueces. En medio de semejante desorden, que importa no confundir con la originalidad, cuánta gratitud no merecen aquellos escritores que con el ejemplo convidan los espíritus a una elegancia juiciosa y noble, inseparable de la civilización de un gran pueblo.

VII

CONCLUSION

Perdonad, señores, si os he fatigado con tan cansada exposición, falta de las condiciones de amenidad académica de que yo, si pudiese, hubiera querido revestirla.

Pero considerad, para disculpar mi atrevimiento, cuán íntimamente interesa la cuestión que os he propuesto, al instituto del cuerpo literario a que pertenecemos. Si el uso fuese dueño y guía único del lenguaje, el imperio que ejercieron los escritores clásicos sobre el idioma, fuera tiranía; el ejemplo y consejo de literatos beneméritos, intrusión; las decisiones de las academias, usurpación, y vana y perdida en último caso su labor, siempre que no se haya reducido a seguir pie con pie al uso propiamente dicho, el cual, al tenor de aquella doctrina, debe ser omnipotente. Por fortuna la experiencia enseña que el uso es susceptible de educación y perfeccionamiento; que los escritores clásicos, ennoblecieron y ornamentaron la lengua; que la gramática, la lógica, la erudición y la crítica, la depuran, la re-

gularizan y acicalan; y que las academias, conciliando lo razonable y lo conveniente, el interés de la ciencia con los de la nación, ejercen una autoridad benéfica.

Fijad un poco más la consideración, y notaréis que si al decoro de la academia no es indiferente la elucidación del tema propuesto, menos lo será para la suerte de la lengua y literatura nacional la especie de opiniones que hayan de arraigarse y prevalecer en materias relativas a la propia cuestión. "Cuidado", nos dice el lexicógrafo francés tántas veces citado, «con el desdeñoso juicio del oído, que rechaza incontinenti todo término desusado, asimilándole al arcaísmo, o relegándole, como decían con desdén nuestros padres, al lenguaje gótico o galo; sin recapacitar (y así se curarían de su ligereza) que aun las personas que más han leído no llegan a poseer jamás sino una parte de la lengua completa, bastando mudar de residencia, adoptar distinta profesión, o cerrado un libro abrir otro, para que cualquiera halle vivas, harto vivas, palabras que se figuraría estaban de tiempo atrás enterradas». ¿Y de donde se origina tan sistemático desdén, sino de dar al uso, a este César del lenguaje, lo que no es del César? Los que le reciben por oráculo le consultan donde lo hallan, en su provincia propia, en su parroquia, en su casa:

siguiendo una inclinación que así halaga a la vanidad lugareña como a la pereza de estudiar, confunden la naturalidad con la vulgaridad, tienen por sencillez su lastimosa miseria; en vez de pagar tributo a la lengua nacional, la humillan y deslucen reduciéndola a los estrechos términos de su particular dialecto; y cuando todos se encogen por tal modo en excéntricas esferas, el resultado es empobrecerse al cabo y fraccionarse la lengua. Patentes están los estragos de preocupación tan mezquina, en multitud de voces que han caído en desuso, no cual otras, por cambios naturales en la vida del lenguaje, sino por abandono, y por incuria, y por mala vergüenza, y por tímido y ruín prosaismo: ahí las tenéis en el Diccionario, con el signo de *anticuadas*, que quiere decir *aquí yace*, y tras ello una breve definición, que tanto vale como epitafio (1)

Donde reinaban tosca ignorancia y la vulgar rutina, establézcanse estudios de humanidades, impere la erudición, florezca la poesía,

---

(1) Nueve mil setecientas dos voces anticuadas contó Monlau en la 8.ª. edición del Diccionario de la Academia, y dividiéndolas en dos grupos, uno de las que están bien anticuadas, y otro de las que indebidamente han caído en desuso, calculó en cuatro mil, por lo menos, las de esta clase.—*Memorias de la Academia* I, 532.

y ¡cuán manifiestos serán, en el habla y en la escritura, los efectos de este cambio! Ya no se enseñará la gramática empíricamente, como recetario o reglamento de policía: el estudio de la lengua será comparativo, histórico y literario: se examinará, y aprovecharáse tal vez el arcaismo: como en las bellas artes, y en las de ornamentación, como en joyas y muebles, se restaurarán en literatura modas que pasaron, no a guisa de retroceso, sino de recolección de tesoros malamente rezagados; no por desprecio a lo existente, sino para acrecentarlo (1). Se atreverá un traductor ilustrado, al trasladar un autor clásico de extranjera literatura, a emplear su lengua propia en la forma que tuvo en el período paralelo al del original que imita. (2) Los resabios de particularismo cederán a las ventajas que ofrece la unidad de una lengua que se habla en

---

(1) Respecto de restauración de arcaismos, debe guardarse un término medio entre la osadía de algunos y la cobardía de muchos. Littré da la regla: «Dans ce riche amas de débris il n'est pas interdit de choisir quelques épaves qui peuvent être remises dans la circulation, parce que les termes ainsi restitués ne choquent ni l'oreille ni l'analogie et qu'ils se comprenent d'eux mêmes»

(2) Así P. L. Courier restauró en gótico el *Dafni y Cloe* de Amyot y empezó en el mismo sistema, a tras-

dilatado territorio. En fin, «las personas estudiosas penetrarán la razón elevada de las reglas, y cambiando la servil y ciega sumisión por aquel criterio franco y atinado que sabe valerse aun donde falten gramáticas y diccionarios, cesarán de ser partidarios rigoristas de tal o cual sistema para alcanzar un conocimiento más fecundo e interesante del idioma.» (1).

Señores: no he querido sustentar una tesis: sólo os he presentado una serie de observaciones, rondando, por decirlo así, una cuestión para nosotros capital, para el idioma mismo gravísima. Temo (valiéndome de la frase de Malthus) haber torcido un poco el arco de un lado, al tratar de enderezarlo del otro. En todo caso me alegraré de haber abierto campo a la discusión, a fin de que ella traiga la verdad a su punto, y que nosotros, pisando en terreno firme, y puesta la mira en los in-

---

ladar a Herodoto; Littré ha traducido a Homero y a Dante en el francés del siglo XIII, y Duffield acaba de poner a Cervantes en el inglés de Ben Johnson. Los defectos en el desempeño deben imputarse al artista, no al sistema.

(1) Cuervo l. l.

tereses legítimos de la lengua castellana, podamos trabajar activos y serenos, en los objetos de nuestro instituto, haciéndose por ello digna nuestra Academia del hermoso materno lema que llevamos por divisa:

Limpia, fija y da esplendor

LA CRITICA LITERARIA

Si estudiamos el origen y progresivo adelantamiento de la crítica literaria en las naciones civilizadas, la hallaremos contemporánea, en su aparición, a las ciencias de inducción y raciocinio. Esta verdad que la historia nos enseña, se explica por la naturaleza misma de las cosas. El progreso intelectual de un pueblo reproduce en grande escala el desarrollo de las facultades del hombre: cada nación tiene, pues, su niñez, su edad adulta, su decrepitud. Los pueblos jóvenes son naturalmente creadores; los pueblos adultos, analizadores y racionalistas. La literatura de los primeros es de pura imaginación: es la expresión de las impresiones que la naturaleza produce en inteligencias lozanas: de ahí los mitos, y los ciclos de ficciones que caracterizan la aurora de toda civilización.

Procediendo de la percepción a la reflexión, pasa un pueblo de la poesía a las ciencias

metafísicas: introducidos en sus líneas de conducta los motivos del interés bien entendido, que modifican las naturales tendencias, pasa del estado de tribu al de nación, y comienzan las ciencias políticas y sociales. Hablamos del desarrollo natural de los pueblos, porque no es nuestro ánimo examinar la influencia de la revelación primitiva, de que se encuentran en los distintos países vestigios más o menos significantes. Prescindiendo igualmente del origen común de los idiomas, es decir, de la inspiración divina que preside a su formación, sólo cumple a nuestro propósito observar que las ciencias los hallan siempre más o menos bien formados por la poesía. Tomándolos ellos como su órgano, los modifican según sus necesidades y adelantos, y de ahí la poesía empieza a degenerar y a decaer.

Esa es la razón por qué las naciones adelantadas para hacer florecer las artes de imitación necesitan rejuvenecerse, volver atrás, admitir las creencias mitológicas de las edades remotas: en una palabra, el estudio y la imitación del *antiguo*. Algunos censuran estos esfuerzos, guiados por un prejuicio falso. Aferrados a las ideas nacidas de las ciencias, miran en tales esfuerzos una retrogradación perjudicial. Esto demuestra que el tiempo de la poesía y de la belleza ha pasado; pero no de-

muestra que haya otro camino para reconquistarla que el de volver atrás. Si ese camino no tiene buenos resultados, menos puede tenerlos el de confesar nuestra decrepitud, y renunciar para siempre al cultivo de lo bello (1).

Tal fue el movimiento literario que se efectuó en Europa en los siglos XV y XVI, y que se conoce con el nombre justo y exacto de Renacimiento. Necesario fue un esfuerzo supremo y simultáneo; necesario hasta el detrimento de las ciencias de inducción para poder elevarse al nivel de los antiguos. Menester fue

---

(1) El popular poeta Selgas, siendo tan original como es, en la invención y el colorido, es al mismo tiempo eminentemente mitológico en el genio de su poesía; supuesto que, como observa Cañate, «a sus ojos los árboles, las flores, las fuentes, los arroyos, todo, en fin, se halla animado de un espíritu, todo se personifica y se ostenta con los atributos propios del hombre». ¿Y esta personificación no es el resultado de una imaginación viva y lozana? Selgas no repite (y en esto anda muy atinado) los nombres y cuentos de la antigüedad; pero inventa otros análogos, no menos fabulosos. Veamos: el arroyo perseguido por un torrente en *La Caridad y la gratitud* ¿no es una miniatura que recuerda la grandiosa aventura de Aquiles perseguido por el Simoente y el Xanto? *El aire y el agua* no tienen afinidad con el episodio de Boreas y Orithya en Ovidio? (Mét., lib 6, fin). Selgas en sus poesías está a cien siglos de la ciencia moderna: esto es lo que llamamos volver atrás.

hacer renacer la antigüedad, que yacía cubierta con el polvo de los años.

Movimiento tan poderoso no pudo menos de producir un sacudimiento general en la humana naturaleza. Aquel movimiento ha continuado en el mundo, pero en distinta dirección: las bellas artes resucitaron para morir luégo; las ciencias nacieron a su sombra y no han muerto porque su aparición fue oportuna y legítima en el orden de los tiempos. En rigor, hubo dos movimientos: uno de retroceso: el estudio de la belleza, la reflorescencia de las facultades imaginativas: movimiento hermoso, pero instantáneo y artificial; otro de progreso: la crítica literaria, la filosofía, las ciencias físicas: movimiento continuado hasta nuestros días y que aún continúa.

Si la crítica en el Renacimiento apareció al mismo tiempo y no después que la poesía, dependió de que, como se deja fácilmente comprender, ésta y las bellas artes no fueron sinc una continuación, aunque gloriosa, forzada, de la poesía greco-latina. La ciencia aunque no había adelantado en los siglos medios sino muy poco, atada por la escolástica, es decir, circunscrita por métodos insuficientes, empezó a adquirir cierto incremento, cuando renaciendo artificial pero vigorosamente las artes de lo bello, acabaron de romper con las ataduras

del entendimiento. Libre éste siguió el impulso natural de la civilización: en lugar de despertar niño, despertó adulto: los siglos habían corrido, y aunque saliendo de un sueño, se sintió con fuerzas varoniles. Por eso las artes duraron un momento, y las ciencias, merced al sacudimiento, siguieron prosperando. Esa y no otra es la historia de la civilización europea.

Así pues, al paso que ha decaído la poesía, la crítica se ha desarrollado progresivamente. Durante el Renacimiento apareció, aunque más erudita, en el mismo peldaño en que la habían dejado los antiguos gramáticos que siguieron al siglo de Augusto; y de entonces para acá se ha desarrollado más o menos según el espíritu y progreso intelectual de las distintas naciones europeas. La crítica gramatical y filosófica de Escalígero y La Cerda (nos referimos al sapientísimo jesuíta toledano comentador de Virgilio) se fue paulatinamente transformando en la más atrevida y filosófica de Walkenaer, Heyne y demás sabios que tratando de restituír los textos e inscripciones empezaron a penetrar en el espíritu de las obras. El último paso de la crítica literaria es el que ha dado de pocos años a esta parte, aunque con poca seguridad, y, a nuestro juicio, con mal suceso, en Alemania y Francia,

convirtiéndose en lo que hoy se llama crítica filosófica; la cual del examen del espíritu de las obras ha querido penetrar en el de los autores mismos y juzgar por el escritor al hombre procediendo por abstracción y recomposición simultáneas. Pensamiento es éste elevado pero cuya realización está aún muy lejos de verificarse satisfactoriamente. En Francia sus resultados han sido funestos por una parte, y por otra, bajo el punto de vista meramente científico, muy distantes de corresponder a la altura de la idea iniciativa. Así por ejemplo, la *Vida de Jesús*, obra de la pretendida crítica filosófica,ha resultado ser una mera novela con ínfulas de historia crítico-filosófica. El espíritu novelesco y falaz de los franceses, no es por cierto el alto talento de abstracción y de observación que se requiere para este nuevo y peligroso paso de la ciencia.

Tal es, en resumen la historia de la crítica literaria en Europa.

España, en los tiempos modernos es quizá la nación en que más tarde ha aparecido la crítica; y esto precisamente porque es una nación de carácter propio, personal; nación eminentemente poética, eminentemente heroica y creyente. La civilización española tiene mucho que es suyo propio, mucho que no debe

a la civilización europea y que la caracteriza notablemente.

Tres son las ramificaciones o géneros en que atendiendo al espíritu más que a la letra, puede dividirse la literatura española, a saber: el género clásico, el místico y el puramente nacional. Explicaremos nuestro pensamiento. El renacimiento de las letras en Italia ejerció su influencia en España como en el resto de la Europa. Boscán y Garcilaso introdujeron una nueva versificación y el gusto del antiguo. En esta clase de poesía sobresalieron Herrera, Rioja, León y otros escritores de primera nota, pero no originales, nacionalmente hablando, es decir, en cuanto no se manifiesta en sus obras, sino muy accidentalmente, el genio de la nación. Hé aquí lo que hemos llamado género clásico.

El elemento religioso, infiltrado en la España hasta la medula de los huesos, ha venido a convertirse en su propia sustancia: de tal manera que no puede concebirse a España protestante o de cualquier manera infiel a las creencias de los viejos españoles. A este elemento debemos otro género de literatura, que pudiera llamarse mística, en que sobresalieron como prosadores Luis de Granada, santa Teresa y otros muchos, y como poetas, multitud de escritores de romances, letrillas y villanci-

cos, cuyos nombres son poco menos que desconocidos. En este género, original ya, por ser la manifestación de sentimientos connaturalizados con el carácter español, hermanados con sus glorias, y por decirlo así, venerablemente tradicionales, posee la España riquísimos tesoros.

En el género que llamamos nacional entra el elemento religioso, pero no por sí solo, sino en asocio de todos los que forman el carácter español. En este género débese enumerar en primer término el antiguo teatro español, el Romancero y el Quijote; y en segunda línea La Araucana de Ercilla, los antiguos historiadores y algunos novelistas. Nombramos en primer lugar a los dramáticos, porque éstos trabajando en un campo vastísimo, gozando una amplia libertad de que tal vez abusaron (*felix culpa*) levantaron un monumento ciertamente colosal a la gloria literaria de su nación representándola bajo todas sus fases, en su verdadero carácter, con su espíritu conquistador y magnánimo, con sus creencias y sus costumbres. *García del Castañar* o *El Burlador de Sevilla* o *El Valiente Justiciero*, es mejor retrato de la antigua España que todos los libros de historia juntos. En seguida de los dramáticos, cuyas obras forman el repertorio más admirable en los tiempos antiguos

y modernos, hemos mencionado el *Romancero* moviéndonos a ello el conceptuarlo la colección más bella, la más original de cantos populares: bella, porque todos esos romances están llenos de sentimiento, y de aquel espíritu caballeresco de la guerrera España; original, porque lo es hasta en el género de versificación, privativo nuéstro, por el manejo gracioso del verso octosilábico y por la introducción de la rima asonante. En tercer lugar citamos *El Quijote*, que es nuestra epopeya. Tampoco debemos omitir, como muy notables en la literatura española propiamente dicha, a Moncada, Hurtado de Mendoza y demás prosadores; hubiera sido injusto también olvidar a aquel que escribió sus valientes cantos,

—Al ruido temeroso
De cruda lid donde vibró su lanza.

Si bien en la literatura de imitación la España no va en zaga a las demás naciones, no es en ella en la que se cifra todo su mérito; bien al contrario, su gran tesoro literario consiste en los dos géneros cuyas principales obras acabamos de enumerar: el místico y el que hemos denominado nacional por no hallar otro calificativo que corresponda a nuestra idea. Y todas estas obras no solamente

son originales, no solamente son bellas, sino que son todas suyas. Si la España como la fabulosa Atlántida, se sumergiera en el mar quedaría sobrenadando en estas obras en que se ha transfundido toda entera.

Ahora pues: si la España es la nación más original en los tiempos modernos, si aun hoy apenas si acaba de salir de sus tiempos heroicos; ¿por qué admirarnos de que la crítica haya empezado para ella tan tarde? La España trata de adelantarse en su camino, como avergonzada por las inculpaciones que la hacen sus vecinas; y al cruzar su fértil suelo con vías férreas e hilos eléctricos, no advierte (y no se entienda por esto que desaprobamos las mejoras materiales; formulamos en una imagen un hecho histórico), no advierte, decimos, que hace el papel de quien, saliendo apenas de la juventud, creyera deber parecer respetable con una barba blanca.

Hay un hecho, no importante en sí mismo, pero muy significativo. La Grecia tuvo su Aristóteles; Roma su Horacio. En los tiempos modernos la Francia no tardó en poseer una arte poética, la de Boileau; la Inglaterra tuvo a Pope; la Italia a Escalígero y a Vida. Todos esos códigos literarios señalan un siglo de oro: indican la existencia del arte, la introducción del elemento razonante y reflexivo

en una sociedad literaria. En España no aparece ese elemento hasta fines del siglo XVIII, personificándose en Luzán y sus compañeros. No es que queramos negar la importancia y mérito de la crítica: somos los primeros en reconocerlos. Pero ¿cómo no reconocer también que la crítica, ciencia de reflexión, es posterior a la poesía, hija de la imaginación, de la libertad, de la juventud? Nada más bello, nada más consolador que ver un país bien constituido y organizado; y sin embargo, no podemos menos de confesar que la legislación más sabia, nos indica que el tiempo de las glorias militares, de las conquistas de la espada como del genio, ha pasado irremisiblemente: y todo esfuerzo en ese sentido, el de Napoleón I, por ejemplo, es un anacronismo, un esfuerzo vigoroso tal vez, pero pasajero siempre, porque contraría el curso natural del progreso humano.

La Italia del Renacimiento, la Francia de las Conquistas, son dos anacronismos.

Comoquiera al historiar el progreso de la crítica literaria en España, deben tenerse en cuenta las consideraciones que preceden. La inmensa gloria militar de España no se halla en su ciencia estratégica, sino en sus guerras y conquistas: lo mismo puede decirse de su ciencia crítica con respecto a las producciones

de sus grandes genios; Calderón fue en su campo lo que Hernán Cortés en el suyo. La época de creación, lo repetimos, precede a las de organización; y para España apenas ha empezado la segunda.

La historia de la crítica literaria en España es uno de los temas propuestos por la Academia Española en el concurso de premios abierto en el corriente año. Esta idea ha dado ocasión a las consideraciones que, trazadas a grandes rasgos, dejamos consignadas en el presente artículo.

ANGEL MARIA CESPEDES

Don Esteban Manuel Villegas, que ha sido apellidado el Anacreonte español, publicó en Nájera, a los veintiún años de su edad, en el de 1617, una colección de sus poesías, en la cual, a vueltas de pasajes afeados por las huellas del culteranismo, que ya invadía su siglo, se encuentran no pocas composiciones ligeras que por la dulzura de los versos, el primor de la frase y la gracia del estilo, no han sido superadas ni quizá igualadas hasta ahora por otras de ese género en castellano. Hay allí un romancillo, especie de dedicatoria, que principia así:

Mis dulces cantinelas
Mis suaves delicias,
A los veinte limadas
Y a los catorce escritas..

Caso de precocidad más extraordinario es el que nos ofrece el autor de la colección de

poesías castellanas. Angel María Céspedes cuenta apenas cumplidos diez y seis años de edad (1), y algunas de estas composiciones y otras inéditas, no son recientes, habiéndosele ya «caído de entre las manos» en los juegos de su niñez. A par de la precocidad que demuestra, Céspedes es un ejemplo de la eficacia de la educación privada. Formado al lado de sus excelentes padres, no ha pisado escuela pública; ellos sin duda habrán dicho, o por lo menos pensado, como el padre de don Leandro Moratín, cuando preguntándole algunos amigos por qué no enviaba a aquel niño, que tanto prometía, a estudiar a Alcalá, respondía: «Yo estoy contento con el muchacho; no quiero enviarlo a ninguna parte a que me lo echen a perder». (2) Bien se sabe lo que llegó a ser en la literatura española don Leandro Fernández de Moratín. Ciertamente la crianza intelectual doméstica de los niños no es asequible sino en raras y especiales condiciones: dichosas las familias que en ese caso se encuentren. En la casa paterna, con el auxilio de uno u otro maestro, al mismo tiempo que amigo y buen consejero, ha aprendido Céspedes

---

(1) Nació en Bogotá el 3 de agosto de 1892.

(2) Silvela, *Vida de Moratín*.

algunas lenguas vivas y adquirido aquellos conocimientos generales que preparan a los jóvenes a figurar con honra y distinción en la sociedad culta, a la que Céspedes por su linaje pertenece, a seguir cursos superiores, o a emplear en tareas útiles sus facultades mentales ya cultivadas.

Yo tuve el gusto de conocerle hace tres años. Ya desde entonces residía su familia en el vecino pueblo de Chapinero, que considerado como barrio de esta ciudad de Bogotá, a la que está unido por tranvía, todavía conserva, a pesar de su ensanche progresivo, por el aire puro que allí se respira, por el aspecto de sus quintas dispersas y de sus inmediaciones, por la mayor holgura, en fin, que allí se disfruta, los beneficios y las ventajas de una residencia campestre y de sitio de veraneo. Vivía también allá por entonces la familia Fallon. Diego Fallon, hijo, daba lecciones de inglés a Céspedes en su casa, y siendo frecuentador de la mía, me habló de aquel discípulo suyo como de un «prodigio chiquito», prometiéndome que vendría con él a visitarme, porque él deseaba conocerme, y yo podría ayudarle con los consejos de la experiencia en los principios de su carrera literaria. Vino, pues, el discípulo juntamente con su maestro, fue recibido en familia con buen afecto, e invita-

do durante la visita a recitar algunas de sus composiciones, de que ya Fallon nos había hablado: quedamos todos los presentes muy complacidos con el timbre de su voz infantil, su actitud modesta sin encogimiento, la pronunciación correcta sin afectación, la entonación conveniente, exenta de la altisonancia declamatoria a que suelen darse los principiantes enamorados de sus primeros ensayos. En las estrofas mismas que recitó, no sólo admiramos la fluidez de los versos y la belleza de las imágenes; nos sorprendió también la «facilidad dificultosa» de la ejecución, lo escogido del lenguaje, la propiedad de los términos, cualidades éstas que suponen no corta práctica y madurez de juicio y que allí no eran de esperarse. ¡Cómo! ¿Conque el autor de aquellor versos no era otro que el niño mismo que los recitaba? Ni acertábamos a creerlo, ni teníamos derecho para dudarlo.

No ha dejado él desde entonces de volver a visitarme de cuando en cuando, y yo he tenido el gusto de verle crecer y desarrollarse sano de cuerpo y de alma. Las primeras composiciones que me mostró manuscritas me parecieron a primera vista copias sacadas en máquina. Ya tenía noticia, desde que oí hablar de él, de que en la edad tierna en que aprendía a leer se entretenía por propia iniciativa

en copiar a lápiz la letra de molde de la cartilla o de algún otro libro, y que en este ejercicio había adquirido tal soltura y destreza, que cuando ya llevaba la pluma a su arbitrio, todavía empleaba de preferencia este género de escritura a la letra cursiva. Sin presumir de grafólogo, cualquiera que llegue a ver los originales de estas poesías advertirá de pronto en la escritura el amor artístico a la precisión y nitidez de las formas.

Fue por buena suerte uno de los primeros libros que cayeron en sus manos el de las poesías de Fallon, padre de aquel amigo y maestro suyo de quien antes hablé. Esa lectura no sé decir si despertó o si avivó su ingenio; cierto es que dejó en su espíritu impresión benéfica. Y es de notar que los primeros versos de Céspedes que salieron a luz pública fueron los que compuso para concurrir a la *Corona Fúnebre* de aquel esclarecido poeta, escritos al día siguiente de su muerte (13 de agosto de 1905), y publicados a principios de octubre del mismo año. En un soneto recogió los títulos de las principales poesías de Fallon y redujo el argumento de ellas a un cuadro abreviado que intituló *Paisaje*. Entre otras poesías no incluídas en esta colección echo de menos este soneto, y por la circunstancias mencionadas he de permitirme reparar la omisión transcribiéndolo aquí:

M. A. CARO

PAISAJE

(Leyendo a Fallon)

Te hundiste en esa negra lejanía
Que forma la inmutable sepultura.
Tu mente colosal ya no fulgura
Estás allí, bajo la losa fría;

Pero queda de tu alta fantasía
Un paisaje inmortal:
En la llanura
Tiembla la *Palma;* la *Montaña* oscura
Alza la frente a la región vacía;

Besando musgos y *Silvestres Flores*
Cruza la *Fuente;* tras erguida loma
El *Crepúsculo* apaga sus fulgores,

Y allá.... regando luminoso aroma,
Por entre *Rocas* ásperas y alcores
La blanca *Luna* su perfil asoma.

Tal fue la ocasión con que Céspedes se mostró en público. Los curiosos indagaron quién fuese el nuevo poeta, y hubieron de interesar a todos las circunstancias de su edad y educación. Varias poesías suyas aparecieron luégo en periódicos de esta ciudad y fueron reprodu-

cidas dentro y fuera del país. Invitado también a tomar parte en certámenes literarios y a recitar en actos públicos delante de gran concurrencia, ha recogido aplausos y coronas.

Cada edad de la vida tiene sus caracteres propios, y no han de trocarse ni confundirse los albores plácidos de la mañana con los fulgores del mediodía, ni con lo que alguien llamó «la dignidad del ocaso». Céspedes es un poeta lírico que nos ofrece «las primicias del alma», según expresión del ya citado Villegas; canta los sueños primeros de la vida, las ilusiones vagas de la adolescencia, pinta las escenas de la naturaleza que él ha contemplado, ya risueñas, ya severas, o se traslada con la imaginación a edades legendarias y a sitios fabulosos.

Le califico de poeta lírico, no precisamente en el sentido convencional de autor de poesías sueltas, sino en el que sugiere el valor histórico de esa denominación, donde van estrechamente unidas las ideas de poesía y de música. Quiero decir que, sin dejar de ser notablemente pintoresco, es un poeta naturalmente musical. «Ni ha de creerse (observa un escritor italiano hablando de Giovani Prati) que es leve elogio de un poeta calificarlo de altamente melódico y musical. Un pensamiento melodiosamente expresado con verdadera y eficaz melodía, es casi siempre un pensamiento que ha penetrado

en el corazón de las cosas, que revela la íntima armonía de las cosas. Nuestro Prati tiene este dón del canto en grado supremo. Sus poesías no son ya razonamientos en verso o discursos retóricos rimados, son *cantos* que expresan inmediatamente, sinceramente, un vivo sentimiento del ánimo» (1). Yo agregaré que cualquiera que sea la importancia que haya de concederse a la expresión musical, comparada con otras partes más o menos nobles de la poesía, merecen bien los que concurren a restablecerla y a acreditarla, cuando otros se empeñan en divorciar dos artes hermanas íntimamente unidas por la naturaleza desde la antigüedad más remota.

En letras, como en todo, hay modas caprichosas e intransigentes. El amaneramiento que imponen, engendra fastidio, y llegando a ser insufrible, o viene una época de *renacimiento* generoso. o se inventan nuevos y siempre vanos artificios para remozar lo que no tiene vida propia. Un joven escritor o poeta no podrá sustraerse del todo a la influencia del gusto dominante; pero no rompiendo con él de frente, y evitando en lo accidental lo que pudiera exponerle a la nota de anticuado o excéntrico, obra-

(1) Enrico Nencioni. *Saggi critici di letteratura italiana*.

rá sabiamente manteniendo a salvo, al propio tiempo, la libertad de espíritu y la sinceridad de la inspiración, por donde las obras del arte, no solamente las grandes y monumentales, sino obrecillas al parecer fugaces, logran vivir fuera de los estrechos límites del lugar y de la temporada en que nacieron.

Entre las novedades en materia de gustos literarios que Céspedes, al abrir los ojos del entendimiento, encontró, no diré predominantes, pero sí algún tanto propagadas, existe una práctica nunca antes intentada, que cuenta apasionados adeptos entre la juventud, si bien está muy lejos de prevalecer, porque a ojos vistas destruye lo mismo que presume reformar. No he de hablar aquí de la incoherencia de ideas, metáforas extravagantes, alteración de la sintaxis y propiedad del idioma, desigualdad y confusión del estilo, vicios comunes a diversas épocas de decadencia literaria. Hablo de lo que atañe exclusivamente al arte de versificar, arte que respetaron y entendieron bien, a pesar de los extremos de su espíritu innovador, los culteranos mismos del siglo XVII y XVIII, y luégo los románticos del siglo XIX, habiendo sido muchos de éstos como de aquéllos, versificadores insignes. Con pretexto de escribir con mayor libertad, que en este caso no debe llamarse sino licencia anárquica, y de evitar la monoto-

nía del verso, se pretende ahora repudiar, como apunté arriba, los elementos musicales de la poesía, principiando por destruír la medida y el ritmo que constituyen el verso, y dejando en pie únicamente la rima.

No advierten desde luego los que esto intentan, que los buenos versificadores tienen medios sobrados de evitar la monotonía por la variedad de ritmos, por la de metros de un mismo ritmo y por la de cadencias que, adaptadas a lo que trata de expresarse, caben en el verso sin romper la medida y el ritmo respectivos Ni se han dado a pensar en el origen de la rima, ni en el fin racional y estético con que se emplea. No conocida de la antigüedad clásica, se introdujo en la poesía de las lenguas modernas, no como fundamento del verso, sino como auxiliar suyo, para reforzar el ritmo en las cadencias mayores, dando mayor realce a las ideas que deben resaltar en ese lugar del verso, como también para marcarle al oído con consonancias finales simétricamente arregladas, los contornos de un conjunto armonioso que, repetido en sucesivas *estrofas*, forma un sistema rítmico más amplio que el de los *pies* o articulaciones de cada verso.

Recurso fecundo ha llegado a ser, andando el tiempo, la rima en las lenguas modernas, para el poeta por su poder sugestivo de ideas, pa-

ra el lector por el placer que le proporciona una nueva dificultad, cuando aparece no como vencida, sino como gracia natural, sin que por eso la parte orgánica del verso y esta otra accesoria u ornamental, hayan de confundirse. Así lo reconocen los encomiadores mismos de la rima que han indagado el secreto de su halago. Un eminente filósofo escocés, y poeta al mismo tiempo, ha dicho: «Cuántos de los más bellos pensamientos e imágenes poéticas se deben a esos sonidos finales que se sugieren uno a otro por su semejanza accidental, y que en el hecho de obligar al poeta a detenerse hasta acomodar el metro, con perfecta propiedad de ideas y de medida, a la imperiosa necesidad de la rima, le presentan durante ese intervalo, mayor variedad de imágenes que las que espontáneamente nacerían en su espíritu si no lo sujetase a aquella inevitable restricción». (1). Nótese la condición necesaria que el escritor establece para la aplicación de la rima al verso: *perfecta propiedad de ideas y de medida*. Brown se refería especialmente a la poesía inglesa, y allá mismo tenemos los versos no rimados, *blank*

---

(1) Thomas Brown, *Lectures on the Philosophy of the Human Mind*, obra póstuma, 1822. El pasaje que cito (*Lecture 36*) está tomado del prólogo de Mora a sus *Leyendas Españolas*, Londres, 1840.

verse, que acá llamamos *verso suelto*, de Milton en su *Paraíso Perdido*, de Shakespeare en sus dramas, proclamando la virtud propia del verso mismo para expresar adecuadamente los más altos pensamientos, sin el auxilio de la rima, la que en ciertos trozos universalmente conocidos, aparecería como adorno impertinente, v. gr.

To be, or not to be: that is the question....

Que si en la poesía francesa, por la índole privativa de esa lengua, y por otros motivos en la poesía popular de otras lenguas, como la nuéstra, la rima, o perfecta, o imperfecta (asonante) como en los romances españoles, ha llegado a considerarse por la costumbre como indispensable, no por eso desaparece la distinción establecida. Un poeta francés, autoridad grande en la materia, por haber alcanzado celebridad universal como poeta desde el último tercio del siglo pasado a esta parte, y notoriedad también como filósofo, buscando la diferencia esencial entre la prosa y el verso, y después de echar una ojeada a la historia de la versificación francesa en los últimos tiempos, desde la época llamada parnasiana, observa: «El verso es un cuerpo de palabras que toma de la música lo necesario para ser lo más expresivo

posible; en otros términos, un cuerpo de palabras cuya armonía es tan musical cuanto lo comporta el ejercicio del lenguaje. . . Los poetas han renunciado a la lira, porque el poder encantador de las notas asociadas absorbe la atención del oyente y distrae el espíritu del sentido convencional de las palabras. De ahí que, en una canción no se atienda a las palabras por gustar sólo de la melodía. Así, la versificación no ha conservado del contingente musical sino el ritmo, cuyo mecimiento favorece el devaneo de la mente, sin que por eso domine ni borre su objeto. . . . En suma, *el ritmo es lo que caracteriza al verso y lo distingue de la prosa*» (1). Y ¿qué es la rima? Otra autoridad en la materia, allá mismo en la lengua francesa, donde este elemento se considera necesario, dice: «El oficio de la rima es marcarle fuertemente al oído la terminación del período rítmico *formado ya por el verso*»: *la periode rythmique constituée par le vers* (2).

Ahora, pues, si la rima no viene a ayudar al verso, ¿qué papel desempeña? Podría suponerse que la invención consiste en rimar prosa,

---

(1) Sully Prudhomme, prólogo a la *Anthologie des poétes français contemporains*, ordenada y exornada por G. Walch, 1906.

(2) Auguste Dorchain. *L'Art des Vers*, 1906.

porque en el rodar de la prosa, en períodos oratorios, hay una especie de ritmo que se llama *número;* pero los oradores nunca buscaron la rima, antes la excluyen cuidadosos como exótica. O pudiera pensarse que esto sea una imitación de lo que ocurre en los refranes, donde el autor anónimo, el pueblo, suele emplear, aunque no siempre, la rima o la asonancia o la aliteración, para ayudar la memoria, concordando por este medio, sin mirar al ritmo, los dos miembros ideológicos de una sentencia; pero el pueblo no confunde este recurso mnemónico con la forma poética, el refrán con la copla, ni los dichos proverbiales forman parte del cancionero popular. Los consonantes de que hace gala como único recurso la nueva escuela, no coinciden con aquellos períodos oratorios, ni siquiera, sino rara vez, con las pausas que aun en la prosa más seca demanda la lógica y que se marcan en lo escrito con signos de puntuación. Caen esos consonantes esparcidos acá y allá, talvez en mitad de palabra, tal vez en proclíticos, o sea en partes inacentuadas del discurso, que no pueden desligarse de la cláusula acentual a que pertenecen, ni servir de punto de apoyo a las pausas en la expresión natural de las ideas; y por donde aquellos consonantes caen, se corta, y se separa renglón.

Si la razón ilustrada enmudeciese faltando

también la disciplina del arte, todavía el pueblo seguiría defendiendo instintivamente la medida y el ritmo del verso Los *cantares* anónimos (y bien indica esa voz su carácter), que sin el auxilio de la escritura pasan de boca en boca, de padres a hijos y de una a otra comarca, se repiten acá y allá con variantes o ideológicas o dialécticas, pero manteniéndose siempre invariables el metro y el ritmo, que son la esencia del verso; del mismo modo que el acento, cuya recurrencia forma el ritmo y que es el alma de la palabra, conserva el lugar que le corresponde, al través de los tiempos, a pesar del cambio gradual fonético de las voces y aun de la transformación de las lenguas

No se ha acomodado nuestro poeta a este modo novísimo de rimar. Ni la consideración personal que profesa, ni la amistad que le une en sus cortos años a algunos de los que van de atrás por ese camino le han inducido a seguir sus pisadas. No está él obligado por motivo alguno a dejar de expresar melodiosamente sus sentimientos, ni está en su mano mudar de naturaleza y dejar de ser como Dios lo hizo.

La publicación de esta colección de poesías se debe a la iniciativa y a los buenos oficios de un amigo del autor. Se ha creído que debe ser presentada al público por medio de un prólogo, y se me ha invitado a escribirlo. Creo que me-

jor que yo, en forma más simpática para la generalidad de los lectores, habría podido desempeñar este encargo algún escritor joven y brillante; mas no me he atrevido a formalizar mi excusa, porque no se tome a desaire y a denegación por parte mía del honor debido al mérito. Me place declarar la estimación que hago del talento verdaderamente poético de Céspedes, y abrigo la esperanza de que él haya de progresar sin desviaciones ni desánimo en su carrera, atento siempre a los dictados de la razón y al ejemplo de los artífices de la lengua que han merecido la consagración de los siglos.

INDICE

Págs.

DEL USO EN SUS RELACIONES CON EL LENGUAJE

I—Preliminar filosófico de la cuestión..... 15
II—Opiniones de algunos humanistas sobre la cuestión..... 25
III—Examen de un pasaje de Horacio—Rápida exposición de doctrinas horacianas..... 37
IV—Formas y caracteres del uso—Variaciones históricas del uso en períodos anteclásicos—Las leyes del lenguaje y la espontaneidad del uso, factores de cada idioma..... 55
V—El uso y los escritores clásicos..... 83
VI—Variaciones regionales del uso—Alianza académica—Principios que dirigen y rectifican el uso..... 105
VII—Conclusión..... 125
La crítica literaria..... 133
Angel María Céspedes..... 147

SERIE LITERARIA

N.º 1

BOGOTA
EDITORIAL MINERVA
1935